

TEXTO DEL PERGAMINO

entregado en el banquete ofrecido

al Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Cornejo Gómez.

Para el señor doctor don LUIS FELIPE CORNEJO GÓMEZ que, en seis años de entusiasta y decida labor, ha dejado en el Rectorado de la Universidad, la luminosa estela de su profundo saber, su exquisita cultura y su inteligente iniciativa, exteriorizan los suscritos, miembros del personal directivo y docente de aquella institución, el homenaje de su justo reconocimiento y viva simpatía.

Guayaquil, 26 de diciembre de 1931.

C. A. Arroyo del Río, Teodoro Maldonado, Juan Federico Heinert, Julio A. Burbano, Gabriel Burbano S., Leopoldo Izquieta Pérez, José María Estrada Coello, Arturo Serrano, Alberto L. Rigail, Antonio Trujillo, Juan Tanca Marengo, Rafael Mendoza Avilés, José M. García Moreno, Juan E. Verdesoto, F. W. San Lucas, Arsenio Espinoza Smith, José Salcedo D., M. A. Jijón, Vicente Molestina O., Juan B. Arzube Cordero, Arcenio Manrique, José D. Moral, Vicente de Santistevan E., Emilio Clemente Huerta, Aquiles C. Rigail, C. E. Hurtado F., Juan F. Rubio, A. Pareja Coronel, José de Rubira Ramos, J. G. Olea, C. D. Andrade, Liborio Panchana, Raúl Rendón, Fco. Campos R., R. Ortiz B., Antonio Parra V., Ernesto Franco I., J. D. Espinoza, Julio C. Navas, Clodoveo Alctvar Z., Carlos Nöboa C., José Miguel Varas, Alfredo Cevallos Carrión, C. Maccaferri, R. Espíndola M.

SOCIOLOGIA AMERICANA

*Tesis previa al Grado de Doctor en Jurisprudencia
del Licenciado en Ciencias Sociales,*

Guillermo A. Intriago A.

(Continuación)

ha tomado el nombre. Con esta teoría se explicaría satisfactoriamente ciertas analogías observadas entre los indígenas americanos y los asiáticos: su incapacidad para la vida sedentaria y progresista, el carácter de ferocidad que tiene su religión en alguno de sus cultos, su relativa docilidad, etc.

Los poligenistas sostienen que el hombre americano constituye una de las grandes razas distintas de las cuales proceden todos los pueblos. Y apoyan su afirmación con el hecho de que a pesar de todas las excavaciones realizadas, no se ha encontrado hasta el presente vestigios de la antigüedad geológica del hombre en la región de Pamir que, según las monogenistas, fué el asiento de la primitiva pareja humana, hallándose en cambio fósiles humanos en diversas regiones de ambos continentes. Empero, esta teoría ha quedado también en desprestigio desde que la geología y la paleontología han demostrado una existencia tan remota del hombre sobre la tierra, que aunque se admitiera un origen común de todas las razas, se podría perfectamente ver su lento proceso de diferenciación.

Ante la imposibilidad de resolver el problema partiendo del punto de vista de las dos teorías enunciadas, surgió una que participa según el modo de considerarla, del contenido de las dos anteriores, por lo cual podríamos denominarla eléctica. Es la teoría del transformismo darwiniano. Afirma ella que el hombre es el producto de un largo proceso de selección efectuado a travez de miles de siglos, y que las especies que actualmente conocemos descienden de otras más simples que se

han ido afinando y complicando. Deja, como se ve, en pié la posibilidad de que se cumpla la hipótesis monegista, pues no discute sobre la existencia de un tipo originario común que pudo haber actuado sin dejar rastro alguno, y así mismo concuerda con la hipótesis poligenista por el concepto amplio que puede darse a los términos "variedad" y "especie." Podemos por tanto, explicada así esta teoría, preguntarnos si es posible conocer de dónde procede ese tipo humano que hoy no existe, y en qué época y bajo qué forma se pobló el continente americano?

En la actualidad diversos estudios geográficos realizados, permiten asegurar que América no ha tenido siempre la forma con que la conocemos. Según Ameghino, en la era mesozoica, estaban las aguas y las tierras distribuidas a la inversa de lo que están al presente; el Continente no llegaba sino hasta el Ecuador, y de allí hacia el norte se extendía el Océano sembrado de numerosas islas; en cambio por el sur se extendía a uno y otro lado el continente uniéndose por el occidente con el Africa y por el oriente con Nueva Zelandia y Australia. El núcleo central de este continente probablemente fué la Patagonia. En la época terciaria se sucede una transformación, se sumerge en parte por el sur y las tierras del norte de la Línea Equinoccial se elevan hasta formar una masa continental que unida a la del sur comenzó a dar a América su forma actual. Resulta de esto que la fauna y la flora de Asia, Africa y América, han tenido una época geológica en que muy bien pudieron desarrollarse conjuntamente. ¿Y el hombre? Recientes trabajos llevados a cabo en las pampas y en la extremidad sur de la Argentina han descubierto indicios humanos que datan del período mioceno, y fósiles humanos que según Ameghino datan del plioceno; a este habitante antiquísimo de América hase dado el nombre de *homus-pampeanus*; además, en Santa Cruz, se ha logrado encontrar el fósil de un mono en el terreno eoceno-superior, y que por tanto, vendría a ser el más antiguo conocido. Compréndese como posible, según ésto, la hipótesis de su descubridor al presentarnos su *homúnculus patagónico* como el presunto antecesor de hombres y de monos.

Como se ve, las investigaciones geológicas sobre las transformaciones sufridas por nuestro continente en época remotísima, explican ampliamente las semejanzas antropológicas y sociales notadas entre el americano y el asiático; no es necesario recurrir a la hipótesis de las migraciones, pues el antiguo

contacto de los dos continentes autoriza el asignarles un origen común. Por otra parte, y de confirmarse ampliamente la teoría de Ameghino, tendríamos que, el lugar desde el cual se propagó la especie humana, no estaría en el Asia sino en el centro de la Patagonia.

Sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que el hombre americano es tan antiguo, por lo menos, como el hombre europeo, y que al separarse nuestro continente del Africa y del Asia para tomar lentamente la forma actual, las peculiares condiciones del medio físico a través de una larga influencia secular han impreso en el americano los rasgos fundamentales que permiten clasificarlos en una raza sui-géneris. En efecto, Deniker refiriéndose a los caracteres antropológicos dice: "el color de la piel así como la cabellera recia, común a la gran mayoría, ya que no a todos los americanos, los acerca de las razas mongólica y ougriana, pero otros caracteres como la nariz prominente y a menudo convexa y los ojos derechos, los aleja de estas razas."

9.—Conocido ya en líneas generales el origen de las razas americanas, conviene, concretándonos a las que se desarrollaron en Hispano-América, referirnos al estado en que fueron encontradas por los conquistadores y al trato a que fueron sometidas. No vamos aquí a hacer una descripción de las civilizaciones azteca e incaica que son las más notables, lo cual requeriría lugar aparte. Daremos sólo algunos datos para dar idea de la organización que tenían. El Imperio Azteca era una monarquía hereditaria y electiva a la vez. Cuatro de los principales nobles elegían entre los hermanos o sobrinos del difunto monarca al que debía ocupar el trono. Su poder era casi ilimitado. Entre las leyes, aunque habían algunas bastante apreciables, en cambio se distinguían otras por su crueldad, como aquella que condenaba a las adúlteras a ser apedreadas, la que sancionaba el robo con la pena de muerte o con la esclavitud, etc. Este carácter de crueldad se aprecia también en su religión, la cual era en extremo sanguinaria: Huitzilopochli, el dios de la guerra, recibía frecuentes sacrificios humanos: "colocada la víctima sobre un altar de jaspe, sujeta por cinco sacerdotes, otro de estos le habría el pecho con un cuchillo de piedra y arrancaba el corazón palpitante, que después arrojaba a los pies de la deidad en cuyo honor se celebraba la fiesta." La esclavitud era entre ellos, como en todos los pueblos primitivos, una institución. Los impuestos de los vasallos se distribuían entre

el sostenimiento del monarca y los gastos para el sostenimiento de la Nación.

El Imperio de los Incas es famoso no sólo por su riqueza sino también por su civilización. Su religión no era feroz como la mexicana; no sacrificaban víctimas humanas; antes por el contrario, tienen sus prácticas religiosas mucha analogía con el cristianismo. Puede decirse que la idea básica del culto era la piedad; la divinidad principal, el sol quien poseía suntuosos templos como el del Cuzco, cuya cornisa se hallaba chapeada de oro; existía un pontífice para la dirección del culto, el cual ejercía grandísima influencia en la vida de la nación.

En cuanto al Gobierno, era una monarquía hereditaria; el rey era dueño absoluto de bienes y vidas. Estaba la administración muy bien organizada, y todos se hallaban sometidos a una autoridad gerárquica, desde los simples vasallos que obedecían directamente al curaca, hasta el cápac que obedecía al Inca. Su régimen social y económico era el comunismo: "de las tierras productivas, una parte correspondía al sol o sea al culto; otra al Inca; otra al pueblo y otra a los curacas; con las rentas de la segunda, se atendía a los gastos del monarca y a remediar las calamidades públicas; las tierras del pueblo se repartían entre las familias, dándose a cada vecino como 4,000 varas cuadradas; igual extensión a cada uno de sus hijos y la mitad a las hijas. Todos tenían obligación de cultivar las posesiones del sol, del Inca y de los curacas, cuyo trabajo era llamado mita. La distribución del agua para regar y del guano para abono se hallaba minuciosamente reglamentada"

Aparte de las civilizaciones que acabamos de esbozar nada, o poco menos que nada es digno de mencionar. Las restantes razas permanecían en un estado vecino al salvajismo; eran tribus errantes sin organización política ni social; sus habitaciones las constituían unas chozas hechas groseramente que casi no merecen el nombre de tales; de su indumentaria sólo diremos que iban poco menos que desnudos. Vivían de la caza y de la pesca y se entregaban frecuentemente a las guerras y al pillaje.

Hay un carácter común a todos ellos, incluyendo aún a los menos salvajes, los aztecas y los incas, y es el de la docilidad y la superstición. Y si a estas cualidades se les agrega la influencia enervadora de la zona tropical que provocaba la desidia y la pereza, podemos afirmar que en general, los indígenas ameri-

canos eran pueblos débiles y de fácil conquista para cualquiera de los países europeos, en la época del Descubrimiento.

Empero, es necesario hacer una excepción a favor de la raza araucana que si bien no presenta una civilización notable, como los aztecas y los incaicos, en cambio fué la sola sudamericana que opuso a los conquistadores una seria y larga resistencia. Según dice un autor, estos indios "fueron quizás los únicos que no se desmoralizaron ante los efectos mortíferos de las armas de los blancos; eran recios, numerosos, guerreros, y tan temerosos de la muerte como aborrecedores del deshonor. Hasta fecha tan reciente como 1.882 formaron una comunidad autónoma en el seno de la República Chilena." Hecha esta salvedad, se explica por ese carácter generalmente dócil, supersticioso e indolente de los indios, no sólo lo rápido de la conquista, sino también el posterior régimen colonial al que fueron sometidos. Por la dureza con que fueron tratados, por el estado servil a que fueron reducidos, ese régimen puede llamarse de expoliación y de esclavitud.

Cierto es, y no se pueda dejar de reconocer y alabar, el espíritu de equidad, más aún, el deseo de hacer el bien y de favorecer en lo posible a la raza indígena, que preside la formación de las Leyes de Indias; pero lo lamentable consiste en que esas leyes quedaron por lo general escritas y no se llevaron a la práctica. El indio continuó siendo un objeto de negocio, un instrumento de riqueza, una "cosa" en suma, a la que se podía manipular en la forma más conveniente, sin escrúpulo alguno, y a pesar de la religión y de la moral cristiana, de las que los españoles se vanagloriaban tanto.

Una opresión tan cruel, inhumana y bárbara no podía menos que provocar rebeliones más o menos violentas; y así fué efectivamente, pese al carácter pasivo de los conquistados. En distintos lugares de América Hispánica se produjeron levantamientos, pero donde estos revistieron un aspecto más grave por el valor y la fuerza desplegados por los revolucionarios fué en el Perú, quizás por ser este Virreinato, el asiento principal de la dominación hispánica, es decir, el lugar donde se dejó sentir más rudamente si cabe, la opresión; pero tanto esta rebelión de Tupac Amarú, como las demás de menor importancia, fueron sofocados al cabo, merced a la superior organización de los españoles.

Respecto de la herencia social, que nos han dejado los indígenas, fuera de la influencia psicológica que consideraremos

en su lugar, no ha sido muy considerable. Sometida la raza aborigen a un pasivismo casi absoluto, no ha podido actuar en el dinamismo social de las nuevas nacionalidades. De ella nos quedan algunos términos y giros de lenguaje; algunas melodías y danzas; a ella también es preciso referirse al explicar el ocio y la superstición generalizados en los actuales criollos. Su producto más notable es indudablemente esos tipos regionales que constituyen el primer representante del cruce de las dos razas, a saber: el roto, el gaucho, el llanero, el montuvio, etc., y en los cuales se pueden notar cualidades tan apreciables como la bravura y la sencillez.

10. — Para sistematizar en lo posible la consideración del elemento conquistador, vamos a dividirlo en cuatro grupos, bien entendido que éstos no representan conjuntos en lo absoluto distintos, y que perfectamente puede un mismo individuo considerarse como perteneciente a varios de ellos al mismo tiempo. Esos grupos son los siguientes: el formado por los militares expedicionarios; el de las autoridades metropolitanas con todo su cortejo de funcionarios y empleados; el integrado por los religiosos; y por último, el que forman los inmigrantes, los colonizadores que llegan de todas las partes del mundo y que vienen—sobre todo en ciertos países como la Argentina— a "hacer América," a poblar sus desiertos, a incrementar sus industrias y su comercio, a influir en una palabra, benéfica-mente, en el total conglomerado social.

De un modo genérico, todos estos grupos, a excepción del último, han influido no muy ventajosamente que digamos, en la sociedad hispano-americana. Desde luego, ellos por lo mismo que representaban la raza conquistadora, cuya civilización era en mucho superior a la de los pueblos aborígenes, han actuado directa y eficazmente en la formación sociológica de estos países; su carácter, su modo de ser ha impuesto su castidad; todos nos sentimos descendientes de los españoles; pensamos y sentimos como ellos, somos a pesar de la sangre india o africana que podamos tener, latinos por la lengua, por el espíritu, por la civilización; no se puede pues, tratar de la influencia sociológica del elemento conquistador y colonizador sin recordar esa herencia de raza, de la cual debemos mostrarnos agradecidos, cuya grandeza estamos obligados a guardar y conservar, y por la que nos enorgullecemos con justicia; pero no se puede por otro lado, dejar de exponer los efectos relativamente perjudiciales, que trajo la conquista y la colonización

dados los propósitos que alentaron a los españoles de uno y otro grupo: todos vinieron con el único objeto de enriquecerse y resueltos a conseguir este fin valiéndose de cualquier medio, aún de los más crueles e infames. La idea de lo débil de las poblaciones indígenas y de las inmensas riquezas ocultas en el territorio americano atrajo con inusitada fuerza la corriente conquistadora: todo español de la época desposeído de fortuna volvía los ojos a este país de leyenda, donde se imaginaba le esperaban sonrientes la riqueza y la gloria. Y la metrópoli no quiso ni podía seleccionar los colonizadores. Fueron éstos por lo regular, individuos de baja condición social, aventureros que habían dejado a un lado todo escrúpulo moral y humanitario si alguna vez lo tuvieron, y de aquí que su influencia sociológica se tradujera en expoliaciones, abusos, desórdenes y sangre.

Entre los muchos puntos de diferencia que pueden establecerse entre la conquista y colonización de Estados Unidos y la de los países hispano-americanos, la que se refiere a la clase de hombres con que fué llevada a cabo, es una de las más importantes por sus consecuencias sociales. Los ingleses que vienen a América en el *Mayflower* no son aventureros ni los empuja la sed de oro; son puritanos que emigran de su patria por motivos de persecución religiosa y que llegan con el firme propósito de establecerse definitivamente en las nuevas comarcas. No vienen por cuenta de la Metrópoli sino precisamente para librarse de su influencia, para crear un nuevo Estado de acuerdo con sus ideales de libertad. De aquí que su carácter sea de verdaderos colonizadores, de verdaderos pobladores y no de aventureros; ellos traían sus familias y sus riquezas, pues no pensaban volver a Inglaterra y se dedicaron por consiguiente con intenso amor y entusiasmo a la formación de su nueva patria. Análogo carácter tiene la segunda corriente inmigratoria suscitada entre los partidarios de los Estuardos por la Revolución de 1.648; también los *cavalier* que se establecieron en Virginia abrigaban la resolución de quedarse para siempre en América y se dedicaron a la plantación en gran escala comenzando por el tabaco. Como consecuencia de esto, desde un principio las colonias inglesas tuvieron un sistema casi autónomo de Gobierno, con poca o casi ninguna ingerencia de la Metrópoli, la cual se limitaba a conservar el vínculo político delegando pro-forma su Gobernador local.

En cambio muy otro fué el móvil y la condición de los

colonizadores españoles. Cuando Colón descubrió el nuevo Continente no lo hizo con el objeto de poblar un nuevo Mundo, de llevar a pueblos de civilización inferior la superior de Europa. Sabemos que influenciado por las lecturas de Marco Polo, su intención era descubrir un camino que le llevara a las maravillosas regiones del Cathay lindante con las Indias, y en las que se suponía existir inmensas riquezas. No se trataba pues sino de comerciar con países de antiquísima civilización, de modo que ni los reyes de España, ni Colón, ni ninguno de los conquistadores que se sucedieron más tarde, tuvieron el propósito de colonizar. Esto explica también el fenómeno del pequeño número de mujeres europeas que vinieron con dicho elemento, pues no teniendo intención de quedarse en América, lógico era que no trajeran sus familias.

Dentro del carácter que tuvo la conquista y colonización española no cabía pues selección de ninguna clase. Se coloniza realmente y se puebla un territorio con gentes honradas y trabajadoras, que tengan predisposición para sentar su hogar y su vida en él; pero para invadir un país con hambre de botín y riquezas, huelgan los individuos de orden y de ideales; y en cambio acudirán a su llamada los soldados acostumbrados a las durezas y crueldades de la guerra, los ambiciosos resueltos a todo por cambiar su miserable situación, los deshechos sociales, los fracasados que nada tienen que perder y que fincan sus esperanzas en una aventura cualquiera.

España no tuvo la culpa de los males que su conquista y colonización produjo a América; no la tuvo porque el engranaje de causas políticas, religiosas, económicas y sociales determinó el carácter cruel e inhumano de aquélla: no estaba en su mano variar las leyes que rigen los movimientos de la sociedad en toda época. País guerrero por excelencia, puede decirse que el descubrimiento del nuevo mundo la encontró con las armas en la mano, apenas triunfante de su secular lucha contra los moros y empeñada en consolidar la unidad política y religiosa en toda la Nación. Su acción en América forzosamente hubo de ser conquistadora y explotadora. Las costosas y sangrientas guerras a las que le condujo su fanatismo religioso, la obligaron a sacar de las nuevas tierras la mayor cantidad de riqueza posible; pero, ese mismo sentimiento religioso la indujo también, a asimilarse las poblaciones indígenas inculcándoles el Cristianismo y su civilización. Lejos está, por tanto, de nuestra mente, el querer inculpar a la Metrópoli del carácter

inhumano y hasta bárbaro que distinguió la colonización española; ello debióse en primer lugar, a la fiebre de lucro que se había apoderado en esa época de las naciones europeas, especialmente de Portugal y España; el aspecto puramente comercial que tuvo el descubrimiento de América; y, en segundo lugar, el elemento humano con que debido al estado económico y político en que se hallaba la Península, se pobló el nuevo continente, todo él formado de aventureros e individuos de la peor clase social, que no tenían más objetivos que acumular fortuna lo más rápidamente posible para volver enriquecidos a la lejana Patria. De aquí que la acción inicial de los conquistadores se redujo a arrasar con cuantas riquezas encontró en ciudades, templos y palacios; y una vez concluida con todas ellas dedicarse a la explotación de los metales preciosos, usando para ello como un instrumento al elemento indígena que no acostumbrado a un trabajo tan rudo, perecía dentro de las minas, en cantidades considerables. Y fué después de mucho tiempo, cuando se encontraron con territorios que no poseían riquezas minerales, que se resolvieron a buscar nuevos veneros de fortuna en la ganadería y la agricultura, si bien en la forma empírica y transitoria por decirlo así, del que no tiene la menor intención de contribuir al mejoramiento del país y solo aspira a favorecer sus personales intereses.

De los cuatro grupos que hemos distinguido en el elemento conquistador y colonizador, el militar ha tenido no poca influencia en ciertas tendencias y costumbres de los actuales hispano-americanos. Ese espíritu belicoso, ese afán de solucionarlo todo por la violencia y la fuerza bruta, tiene profundas raíces en la herencia que de él hemos recibido; y lo mismo podemos decir de nuestras conductas agresivas y altaneras, de nuestro culto del coraje, de la práctica del duelo, etc. Pero donde tal vez ha dejado huellas más hondas y funestas es en el sentimiento patriótico. Merced a la influencia de ese elemento militar, hoy no se concibe el patriotismo entre nosotros, sino va involucrado en las ideas de ejército, combates, sangre. Ninguna de las elevadas virtudes de abnegación, disciplina y trabajo que constituyen la base de dicho sentimiento, entran para nada en el especialísimo concepto que del patriotismo tienen los pueblos hispano-americanos; y de aquí, que se haya dicho con razón que es estrecho, primitivo, sanguinario y ciego. "Es estrecho en cuanto no se refiere sino a la vida autónoma de la emancipación política con respecto a la madre patria.

Primitivo, ya que no ve sino héroes y generales que constituyen la nota de cualquier discurso patriótico; sanguinario, porque no contempla más que acciones belicosas y número de cadáveres; ciego, porque no comprende las proyecciones sociales de la independencia, no discurre entre lo bueno y lo malo de las acciones y reacciones de la misma y limitándose al pasado, nada sabe del presente ni del porvenir."

Muchos de los vicios y defectos del Gobierno y de la Administración actual americana, provienen de los sistemas coloniales. La conducta de no pocos de los Virreyes españoles ha sido un ejemplo de abuso y expoliación seguido por varios gobernantes criollos; sus negociados constituyen un precedente indudable de los manejos poco honrados de algunos Gobiernos y Municipios de nuestras Repúblicas. De otro lado, los largos trámites que es preciso seguir en cualquier asunto administrativo o judicial no son sino el reflejo de los procedimientos coloniales, secos, solemnes y sumamente complicados. De ese elemento, proviene en gran parte, nuestro culto por el papel escrito, nuestra tendencia a reglamentarlo todo detalladamente, y nuestra falta de respeto por las leyes que los mismos encargados de hacerlas cumplir burlan de mil modos.

Respecto a la gente de religión, a pesar de la gran influencia que tuvo en el gobierno y política de la Colonia, no ha beneficiado al medio. Lo rudimentario de la instrucción que se daba a los americanos; la tiranía espiritual tanto o más absoluta que la material a la que se les condenó; el carácter fanático y formulista de la religión, a ella se deben principalmente. Los religiosos no supieron cumplir la elevada misión que les estaba reservada, misión de paz, de consuelo, de perfección. Se dedicaron demasiado a la política y compartieron con los demás grupos peninsulares la empresa de obtener el mayor provecho de esta tierra y de sus habitantes. Uno de los amos que tuvo el indígena fué el cura, y no ciertamente el menos insensible y rapaz.

En cuanto a la enseñanza religiosa, fué de palabra y no de obra; los ritos, el culto externo, quedaron como meras fórmulas que no confirmaron el ejemplo moralizador de quienes los inculcaban; muy al contrario la conducta escandalosa del elemento religioso establecía una especie de contradicción entre las prédicas y la realidad, que restaba toda autoridad y toda fuerza verdaderamente educadora al nuevo culto. Resultado de esto, fué que los naturales, más por la violencia que por el

convencimiento, se convirtieron a la religión cristiana, pero permaneciendo idólatras en el fondo, y acostumbrándose por lo mismo a la hipocresía y fingimiento que se observa todavía por regla general, en el ambiente respectivo de todos los países hispano-americanos.

Con estas apreciaciones no queremos atacar la religión en sí, pues precisamente porque no se supo inculcar su verdadero espíritu, cosa por otro lado imposible, desde el momento que la religión española se reciente de parecidos vicios, como veremos en su lugar, fué por lo que produjo las consecuencias que anotamos. Así mismo, todo lo dicho no excluye las excepciones individuales, muy honrosas de un padre Las Casas, de un Cayetano Rodríguez, etc.

Respecto del último grupo, o sea, el de los "expedicionarios, privados, que venían tras el vellocino de oro de nuestra América, su influencia es muy considerable, pues ellos nos han dejado lo más típico de nuestras tradiciones y costumbres. Entre ellos es preciso buscar la raíz sociológica de la indisciplina, del espíritu de rebelión y de resistencia que nos caracteriza. Todo contribuyó en la Colonia para hacer de ellos lo que fueron; el ejemplo y el origen de nuestra manera de ser impulsivos, desordenados, abusivos y holgazanes. El Gobierno no era lo suficientemente fuerte para imponerse a ellos, y además con frecuencia entraban en tratos y arreglos con los mismos, lo que no era apropiado, para crear en su derredor un ambiente de respeto y obediencia. Además, la falta de vías de comunicación, lo inmenso de las distancias entre los centros poblados y lo primitivo de los medios de transporte, facilitaban el imperio de la fuerza, del fraude, de la astucia. Así se explica lo numeroso de los contrabandos, el estado del comercio y del crédito siempre inseguros, la criminalidad de sangre, etc."

11.—Cuando el Padre Las Casas conmovido por el trato inhumano que se les daba a los indígenas y por las sumas enormes en que perecían por su poca resistencia a los trabajos mineros, consiguió de Carlos V, que se aliviara su situación autorizando la trata de negros africanos para que sustituyeran a aquéllos en las minas, proporcionó a Hispano-América, sin imaginarlo desde luego, un factor étnico cuya influencia en la constitución de nuestra raza, fué un nuevo motivo de mestizaje y de hibridismo, y un elemento de manifiesta inferioridad. Está calculada en veinte millones la suma de negros que fué importada a América hasta que se abolió la esclavitud, y una

cantidad tan considerable no puede menos de haber producido un resultado notable en la población general, sobre todo si se considera que los españoles no vacilaban en mezclar su sangre con la de ellos asimilándose este nuevo elemento, así como habían hecho con los indígenas.

Cabe preguntar aquí por qué los colonizadores españoles incurrieron en estos cruzamientos de razas, a diferencia de los anglo-sajones que cuidaron de conservar intacto su linaje. En primer lugar, por la diferencia de colonizadores ya explicada: los puritanos de Norte-América tenían que ser fieles al espíritu de su religión que les aconsejaba no mezclarse con el indio ni con el negro. En cambio, los españoles eran gente aventurera en quienes tan bizarros cruzamientos se acomodaban bien a su arrogancia. Y en segundo lugar, las uniones con la raza africana se explican también por simpatía étnica, ya que según las recientes investigaciones de Ratzel y Sergi, los primitivos iberos fueron pueblos inmigrados de Africa.

Dado el estado servil y miserable que tuvo el negro en la Colonia, su influencia sociológica,—hecha abstracción como es natural de lo que se refiere a los caracteres raciales y psicológicos que fué inmensa—es algo difícil de precisar, por lo mismo que vivió al margen de todo lo que significó interés y desarrollo de la sociedad. Donde los efectos de ese elemento se hacen sentir más fuertemente es en ese producto con las otras razas, en los mestizos y mulatos cuya psicología estudiaremos aparte. Por ahora, sólo diremos que indirectamente pudo determinar en nosotros algo de ociosidad, ya que el español no se humillaba jamás a ocuparse en los trabajos manuales, propios sólo, según su criterio, de indios salvajes o de negros esclavos; también nuestras maneras aparatosas y nuestras inclinaciones a mandar e imponer porque sí, derivan en buena parte del trato despectivo que se les daba.

12.—Y pasamos al último elemento antropológico, el formado por los individuos que acuden de todas las partes de la tierra, aún del Asia, en busca de nuevos espacios para sus actividades, trayendo sus capitales y su mano de obra y sus conocimientos industriales y comerciales.

Durante la época colonial el movimiento inmigratorio fué casi nulo, por no decir del todo, pues ni la deficiencia de los caminos, ni lo ignorado de América ni lo monopolizador del régimen lo hacía posible. Es con la Independencia cuando la afluencia de extranjeros comienza a dejarse sentir en América

y en una proporción siempre creciente, sobre todo, en aquellos países favorecidos por un clima templado.

Según Colmo, las razas latinas han aportado el número y los brazos; las germánicas, sobre todo los sajones, el espíritu del buen sentido, de las justas medidas y de la iniciativa; las célticas han poblado las campiñas, cultivando la tierra y determinando el incremento de la agricultura. Tiene el mismo autor para los vascos frases de elogio y admiración por su vigor, por su inteligencia, por su facultad de adaptación al medio, que los hace triunfar pronto en sus empresas y ocupar puestos distinguidos entre los grupos representativos de cada nación.

13.—Conocidos ya en líneas generales, los elementos étnicos que han entrado a formar la raza hispano-americana, debemos ahora determinar cual ha sido el resultado final de ese cuádruplo concurso antropológico en los pueblos que estudiamos. Ante todo, es fuerza que advertamos que un estudio preciso y definitivo de este asunto no es posible pedir, en mérito de dos razones, fundamentales. Una, porque el análisis cuantitativo no cuenta en la mayoría de los países hispano-americanos con estadísticas completas y exactas; y otra, porque el análisis cualitativo no se refiere a pueblos cuyo temperamento y carácter esté definido, sino a sociedades en formación y en la cual tienen resonancias más o menos fuertes todos y cada uno de los diversos factores humanos que acuden sucesivamente a integrarlas. Por lo mismo, todo lo que digamos respecto a la total influencia sociológica de dichos elementos, tiene sólo un sentido relativo y un valor transitorio; dejando a salvo cualquier rectificación fundada en mejores datos o las nuevas conclusiones que la constitución definitiva de estos pueblos reclamarán necesariamente en el futuro.

Considerando primeramente el elemento indígena, su efecto sociológico en el dinamismo actual de los países en estudio varía según esté representado en la población total por una cantidad considerable que lo constituya en la masa o núcleo principal de la población, o según que sólo cuente con un número insignificante que lo relegue a un rol inferior, grupo social sin importancia ni influencia alguna. En el primer caso, están, entre otros países, Honduras, Nicaragua, Paraguay, el Perú y otros; en el segundo, Argentina, Chile, Costa Rica y algunos más.

En aquellos países que constituye el núcleo principal de

la población, el elemento indígena desempeña un papel negativo, de estancamiento y hasta de retroceso, debido a su incapacidad para adaptarse a la vida social; a su estado de degeneración mental y a su hábito de servidumbre que han marcado indeleble sello en su constitución orgánica y espiritual. La República no ha hecho nada a su favor, o lo poco que ha hecho no ha sido de positivos resultados para la regeneración del indio. Para transformarlo en un elemento útil a la sociedad se necesitaría destruir en su carácter los profundos efectos de una secular esclavitud, lo cual se presenta como uno de los más graves problemas, insolubles aún, en los respectivos países.

Respecto del segundo grupo de naciones, en las que el número de indios no representa una cantidad apreciable en la población total, se opera en ellas el mismo fenómeno observado en los Estados Unidos, "la civilización mata al indio." En las ciudades casi no se les ve en lo absoluto; de los mismos pueblos huyen a refugiarse en los rincones del territorio, y a medida que el progreso con sus industrias, sus ferrocarriles, sus haciendas, va conquistando los lugares desiertos o poco habitados, el indio va viéndose obligado a buscar un nuevo lugar donde asilarse, donde alejarse de los grupos civilizados a cuya vida no puede acostumbrarse y que por lo mismo, le desprecian y le humillan. Además, el alcoholismo produce en ellos un terrible efecto destructor, y si a esto se añade que el poder prolfero ha disminuído notablemente entre ellos, al extremo de que los nacimientos son cada vez más raros, se comprenderá el por qué va disminuyendo su número y se podrá adelantar que esa raza está destinada a desaparecer por completo.

Pasando ahora al segundo elemento étnico, el elemento Conquistador, es necesario distinguir también en dos grupos los países hispano-americanos; aquellos en que es muy escasa la inmigración y aquellos en que se produce en grandes cantidades. En los primeros el elemento Conquistador por medio de sus descendientes ocupa el puesto dirigente de la sociedad, la "flor" y "nata" de la población. En los demás países, si bien es cierto que tienen una función social más o menos importante, son sin embargo relegados a segundo orden, por los individuos que vienen de Europa y, principalmente, por los descendientes de éstos, que muy pronto llegan a conquistar lugares distinguidos en el comercio, en las ciencias, en la Política, en las Artes, y en cualquier orden de elevado dinamismo social.

Puede fácilmente comprobarse estas afirmaciones examinando las guías de domicilios en los respectivos países. Se verá que en los países de poca corriente inmigratoria tienen enorme preponderancia los apellidos españoles en todo lo que signifique clase elevada o directora; mientras que en los que reciben considerable aporte de población extranjera se encuentran apellidos de todas las razas y pueblos, en todo lo que represente vida superior, adelanto o desarrollo de la sociedad. De lo cual, es lógico deducir que a medida que Hispano-América pueda atraer en mayor número la inmigración, el elemento colonizador o desaparecerá o perderá gradualmente su importancia preponderante.

En lo que se refiere a la actual influencia sociológica del elemento negro, ella es si se quiere menor que la escasa del tiempo de la Colonia. Nos referimos naturalmente a la mayoría de los países que estudiamos, en los cuales su número no es considerable, sin desconocer el problema que significa en otros como el Brasil y sobre todo en Haití, donde su cantidad es o bastante considerable como en el primero, o representa la inmensa mayoría, como en el segundo. Para la generalidad de los países hispano-americanos, la acción del elemento africano no tiene los caracteres de un problema; su mayor influencia está ya vertida por decirlo así, en la sangre de la raza y en la psicología actual del criollo, como veremos más tarde. Fuera de este, su influjo se va restringiendo más y más, y si en tiempo de la Colonia fué el eterno "proscrito" de la sociedad, la Independencia, aún después de abolida la esclavitud, no ha determinado cambio alguno notable en su desarrollo general.

Llama la atención a primera vista, el observar el estado de inferioridad sociológica en que permanece el negro en Hispano-América, ya que en él no encontramos ni la degeneración del poder proflero ni la incapacidad para adaptarse al medio, fenómenos que explican, suficientemente la creciente desaparición del elemento indígena en ciertos países. Los nacimientos en las familias de africanos o en sus descendientes, son por regla general, numerosos; y esa raza no siente la necesidad de huir de la sociedad, pues al contrario sus comodidades y ventajas le atraen, y manifiesta su afán sincero de formar parte de ella y de vivir conforme a las creencias y costumbres de los pueblos civilizados. Y sin embargo, el elemento africano no ha podido elevarse al nivel superior de las clases sociales, y esto

según nuestro criterio, se debe principalmente a dos razones: 1ª) — La secular tradición de una vida de evidente inferioridad, y 2ª) — Lo fuerte del prejuicio étnico en su contra, que no es posible arrancar como no sea cambiando por sus bases el modo de ser y de pensar de las actuales sociedades.

El cuarto y último elemento, que como ya dijimos más arriba, tiene una especial importancia, ha determinado un adelanto notable en aquellos países que, por la posición geográfica o por estar unida al clima y a cierta estabilidad y seriedad en el Gobierno, la han atraído en grandes masas. Todos los países hispano-americanos reciben el aporte extranjero de población, pero la cantidad y la procedencia varían en proporciones bastante notables. Hay algunos que sólo cuentan con unos pocos centenares al año, otros que llegan al mil y a las decenas de mil; y otros como la Argentina que reciben un aporte anual de 300.000 o 350.000 extranjeros. En cuanto a la procedencia, los Yanquis van por lo general a Centro América y a las naciones septentrionales de la América del Sur; son por lo general, capitalistas que se dedican a incrementar el comercio y las Industrias. Los alemanes y los italianos van al Brasil, los españoles prefieren la Argentina y Chile. Los franceses y los ingleses van a todas partes.

Por lo común, los países más favorecidos por la inmigración son los que se hallan totalmente o en su mayor parte, en la zona templada; pero no creemos imposible que se pueda atraerla igualmente en los demás cuando sus condiciones de gobierno, higiene y seguridad, sean una realidad lo suficientemente conocida en Europa. Por ahora basta señalar el hecho indiscutible de que precisamente los países más favorecidos por la inmigración son los que van progresando con más rapidez, para comprender la enorme importancia que este elemento tiene en el desarrollo de la sociedad hispano-americana.

14. — Desde hace tiempo se ha señalado por algunos escritores, el peligro que entrañaba para la autonomía y la unidad política y moral de Hispano-América, el fuerte aporte inmigratorio, por los caracteres y cualidades que se han creído descubrir en el elemento extranjero. Así por ejemplo, Lastarria en su obra *La América*, se expresa más o menos en la siguiente forma: Débese tratar especialmente sobre la influencia del elemento inmigratorio, porque él modifica profundamente la población americana formando una verdadera colonia extranjera que no se unifica con el sentir y la conciencia de las naciones.

Para que la inmigración produzca resultados benéficos se necesitan dos condiciones esenciales que son: la buena cualidad de los inmigrantes y la capacidad del país que recibe los expertos extranjeros para asimilarse éstos a su propia vida. Ahora bien, la población que anualmente acude a América, sobre todo, a la región del Plata, no tiene las condiciones de moralidad, competencia y preparación adecuadas para transformarse en factor de bienestar y progreso; ella está formada, en su mayoría, de la plebe más baja de Europa, de la plebe de España, de Italia y de los vascos franceses; y sin embargo, al llegar a América, se creen iguales cuando no superiores a las clases elevadas de nuestros países, tratando como inferiores a todos los demás. Por otro lado, su carácter, su modo de ser difiere fundamentalmente del de los americanos, de donde se sigue que los pueblos Uruguayo y Argentino no pueden incorporar a su masa social un elemento que les es extraño; no poseen las semejanzas sociales y psicológicas de los Estados Unidos con los países europeos que facilitaron en aquella nación el progreso, mediante la unión profunda y natural de sus habitantes con la población extranjera.

Además, los Gobiernos no prestan todas las ventajas que el inmigrante desearía, en caso de guerra, por ejemplo, y es por eso que aquél prefiere continuar en su carácter de extranjero antes que pedir carta de naturalización. Por lo demás, no teniendo más vínculos con el nuevo Estado que los intereses materiales que lo impulsan a su éxodo por un lado, y por otro, siéndole mucho más fácil hacerse una fortuna en América que en Europa, el inmigrante tiene por lo general, la aspiración irresistible de hacerse rico lo más pronto para retornar a su patria, cuyo sentimiento permanece vivo en su corazón porque no ha encontrado nada que, significando comunidad de anhelos y costumbres y elevados intereses morales, haya logrado sustituirlos.

Resulta según esto, peligroso no sólo el hecho de la inmigración en sí mismo, sino también ese afán incomprensivo de ciertos Gobiernos por atraer mayor número de inmigrantes, sin fijarse que por las razones antedichas, el elemento extranjero en cantidades considerables y de las condiciones anotadas, ha de producir forzosamente efecto maléfico en la población y en la vida general del país, bien sea porque su influencia se traduzca en un relajamiento del espíritu nacional, fenómeno que ya se ha observado en alguno de los países que quedan del lado del

Atlántico, o bien, porque las proporciones grandes a que puede llegar la inmigración y los intereses materiales anexos a la misma, es muy posible que determinen a las correspondientes potencias europeas ambiciones de conquista o de protectorado, o por lo menos, a intervenciones armadas para asegurar los intereses de sus súbditos.

Tales la opinión y las razones de los que ven como un mal la considerable inmigración que anualmente reciben ciertos países hispano-americanos; opinión y razones en nuestro concepto, erróneas, según se verá por las siguientes consideraciones. Se dice que los inmigrantes son por lo regular individuos sin inteligencia, sin cultura, de lo peor de las naciones europeas, e incapaces por lo mismo de determinar el desarrollo del Comercio, de la Industria, de la Educación y de todo lo que signifique manifestación elevada de la vida social. Pero, entonces cabe preguntarse con Colmo, si todo el adelanto que han alcanzado las naciones favorecidas por la inmigración se deben sólo al concurso de los indígenas, de los negros, o de los retoños españoles de la Colonia? y de contestarse afirmativamente, resultaría incomprendible el hecho ya citado en párrafos anteriores, de que precisamente dichas naciones son las que van a la vanguardia de Hispano-América, pues lo lógico sería entonces que el progreso de ésta se hubiera verificado por igual en todas partes. Tampoco puede explicarse ese adelanto sólo por el hecho de la Independencia, pues aunque es indudable que el cambio de régimen determinó una notable evolución en los pueblos americanos, esta influencia se hizo sentir con más fuerza en el período inmediato a la emancipación, pero en la segunda mitad del siglo pasado y en los años que lleva el presente, no es posible atribuir únicamente al hecho de la República, la constitución total de la sociedad, tanto más cuanto que sabemos que en el fondo el sistema republicano no existe en la realidad de la vida política hispano-americana, y que por lo tanto, mal se pueden invocar las excelencias de este régimen para fundamentar teoría y explicación alguna, de carácter absoluto.

Si pues, no es posible explicar el adelanto realizado por aquellos países, por la sola influencia de los descendientes de los españoles, indios y negros, ni tampoco cabe afirmar que se debe sólo a la forma de Gobierno, forzoso es concluir que la fuente de la inmigración es la causa preponderante que lo ha producido. Y por tanto, no es posible admitir que sean individuos rudos de inteligencia y de la más baja condición social,

los que tal influencia tienen en la sociedad a la que emigran. Esta conclusión se ve ampliamente demostrada con la observación, a la que ya se ha hecho referencia, de la gafa de domicilio: en ellas consta que las personas más representativas de los indicados países tienen apellidos extranjeros.

De otro lado, se habla de la incapacidad de los países hispano-americanos, para asimilarse los contingentes europeos, por las profundas diferencias entre los modos de ser, carácter, etc.; pero fácilmente se ve lo alejada que está de la verdad esta afirmación. Para que existiera incapacidad de asimilación sería preciso un abismo de civilización entre ambas poblaciones, la americana y la europea; y sabemos que la cultura tiende a nivelar a todas las sociedades, y que la nuestra no se diferencia de la europea sino en grado. Sería preciso también que las razas fueran de un parentesco muy lejano: ahora bien, el mayor número de inmigrantes pertenece a la raza latina y latinos somos los hispano-americanos, por superioridad de la raza conquistadora; no hay por tanto, oposición alguna que obste a la asimilación de los contingentes extranjeros. Todo lo contrario, los inmigrantes tienen, por lo general, costumbres parecidas a las locales y desde la primera generación se adaptan a la nacionalidad, dando pruebas de americanismo como el que más. Claro que en lo que se refiera a las razas no latinas, la acción no se produce tan de inmediato, siendo preciso dos o tres generaciones para que la asimilación se realice.

Respecto de las intervenciones de las potencias extranjeras, ellas se han dado en países de pequeña y de mucha inmigración, de modo que no se lo puede considerar como consecuencia de esta última. Más bien ha sido el efecto de nuestra debilidad y de lo irregular y poco serio de nuestros Gobiernos.

Donde la inmigración toma el aspecto de un verdadero problema, por los peligros que significa para el carácter y la vida general de las sociedades, es en el del Cosmopolitismo, fenómeno que transforma y ahoga hasta cierto punto las nacionalidades, donde los inmigrantes andan en grandes cantidades. Y es un verdadero problema y un peligro por la circunstancia que no todos los inmigrantes se encariñan con estas tierras sino que conservan sus sentimientos de adhesión a su patria, reflejándose como es natural, esto en la educación de sus familias, lo cual por repercusión lógica deviene en perjuicio de la sociedad, y sobre todo, de la propulsión del civismo.

Pero la causa de estos males no está en la inmigración, sino en nuestro Gobierno y en nuestra manera de ser, y además el peligro no es amplio, ni tampoco inmediato y fatal. En primer lugar, es culpa nuestra, porque a lo más hemos brindado a los extranjeros la pasiva virtud de las riquezas naturales, negándoles todo lo que signifique consideración, seguridad, afectos, fuerza natural que determina la asimilación sociológica. De ese modo recibido el inmigrante no cabe protestar contra su resistencia a nacionalizarse, ni mucho menos obligarle a ella por medio de la ley; pues los sentimientos de amor hacia un país no nacen por la voluntad del legislador sino que son la consecuencia del concurso de una serie de fenómenos favorables: ventajas económicas, bondad de los Gobiernos, estímulos del medio, etc. En segundo lugar, el peligro resulta bastante remoto, porque los inmigrantes "golondrinas" son en número muy inferior al de los que forman su familia en el país, con lo cual aquéllos no pueden tener ninguna influencia decisiva en la sociedad, y éstos se sienten por lo menos ligados al país por los vínculos económicos de sus negocios y por los sentimientos de su hogar. Finalmente el peligro para la autonomía de los países, resulta imposible por el sencillo hecho de que los inmigrantes son de varias clases y nacionalidades. Así la acción del conjunto es una resultante que no puede ser la simple manifestación de las ambiciones imperialistas de ninguno de los Estados concurrentes. Si la inmigración tuviera un solo país de origen, entonces la acción tendría la fuerza de la unidad de unos mismos intereses y pasiones, pero no siendo así, las varias influencias se contrarrestan, y la acción final no puede ser sino favorable a nuestros países. Además, debemos recordar que en materia psicológica y social la resultante no constituye la mera suma de los elementos componentes, y que por tanto la población que resulta de la combinación de muchas razas y pueblos ha de ser un producto étnico totalmente nuevo y original, necesitándose tan sólo para ello que el tiempo realice la correspondiente sedimentación de los caracteres adquiridos.

Resumiendo, podremos decir que es pura exageración o fantasmagoría el peligro que se ha querido ver en la inmigración para la existencia autónoma de los hispano-americanos. Los hechos hablan elocuentemente con el progreso verificado en los últimos años en la Argentina, Uruguay y Chile, sin que haya sufrido en lo mínimo su independencia. Todo el proble-

ma se reduce a ciertas dificultades relativas a la acción de algunos elementos que no se asimilan fácilmente a la vida nacional; pero estas dificultades y peligros tienen un carácter relativo, y su remedio es preciso buscarlo, no en una actitud anti-inmigratoria ni en la prédica de sentimientos extranjeros, sino precisamente en lo contrario, esto es, en buscar y poner en práctica los medios políticos, educativos, económicos y sociales, a fin de hacer de nuestros países las segundas patrias de los inmigrantes y que se sientan éstos vinculados a ellas por el triple sentimiento de la seguridad, del interés y de la simpatía.

15.—Problema mucho más interesante que el de la Inmigración, para la Sociología Hispano-Americana, problema capital, podríamos decir, es el del mestizaje. Ya hemos visto que la raza Hispano-americana, se ha formado de la mezcla del español con los indígenas y con los negros, y más tarde con otros pueblos de diversas razas. Nunca, como en América, se ha visto el caso de un mestizaje más violento y complicado. Y esto constituye precisamente el punto esencial del problema hispano-americano. La cuestión podríamos plantearla así: ¿Está condenado el mestizo hispano-americano a una inferioridad irremediable? ¿Constituye, al contrario, una raza que puede alcanzar las más elevadas formas de cultura? En esta parte no podemos aún contestar a estas preguntas. Preciso, es primero, conocer la psicología hispano-americana; las cualidades fundamentales del carácter criollo, para definir cualquier teoría sobre tal asunto. Así pues, este problema tendrá su solución en el curso del estudio psicológico que va a seguir, y quedará la respuesta a él, involucrada en el asunto que forma el contenido de la última parte de este resúmen. Pasemos pues, a considerar las cualidades psicológicas de los elementos étnicos componentes, para luego establecer las características del pensamiento hispano-americano, antecedentes necesarios del problema de la incapacidad o posibilidad de progreso de nuestra raza.

III

EL CARÁCTER ESPAÑOL.

- 16.—Influencias de la posición geográfica de España. La Arrogancia y sus formas primitivas.
- 17.—Sus formas clásicas.
- 18.—Sus formas medioevales.
- 19.—Forma que toma la Arrogancia en la Edad Moderna.
- 20.—Formas modernas secundarias.
- 21.—Moderna consolidación del despotismo político y religioso.
- 22.—La degeneración colectiva.
- 23.—Formas decadentes y degenerativas.
- 24.—La Arrogancia en la literatura.
- 25.—Síntesis.

16.—En ningún otro pueblo tal vez, como en el español, ha influido tanto la posición geográfica del país en la psicología nacional. España ocupa en la superficie del planeta un lugar excepcional, tanto más si se considera este fenómeno en aquellos tiempos remotos en que comenzaron a formarse los actuales pueblos europeos, conocida como es la preponderante influencia que ejerce el medio físico en la constitución de las primitivas sociedades. Península de Europa, tendida entre el Mediterráneo y las inmensidades del Océano, unida al viejo continente por los caminos de los Pirineos y al Africa por el estrecho de Gibraltar, estaba destinada a suscitar por la feracidad y la riqueza de sus tierras las ambiciones de todos los pueblos conquistadores de uno y otro lado, y a sufrir las invasiones más diversas y numerosas con los consecuentes efectos étnicos y psicológicos. Esto podría ser una de las causas sino la única, por la que el carácter español presenta rasgos tan violentos y contradictorios a primera vista. Detenerse a considerar cada uno de estos rasgos sin buscar el centro común de donde han nacido y por el cual se explican integrando de un modo claro el alma española, es perderse en un laberinto de razas y cruce de razas de donde no se podría obtener otra cosa que la confusión y la duda. Es preciso, pues, ir a buscar la clave del problema en la geografía de España, en lo que se ha llamado su *fatalidad geográfica*. Según Buckle las poblaciones de península son orgullosas e independientes; y aunque esta afirmación hecha de un

modo absoluto y general podría prestarse a muchos reparos, y excepciones, en lo atingente a Hispania resulta de una exactitud completa. Sus primeros habitantes, los Iberos, tuvieron que luchar contra los fenicios, los griegos, los romanos, los cartagineses, los godos, los moros. Y de esta necesidad defensiva nace la condición dominante, el fondo mismo de su carácter. Un pueblo que tiene que vivir en continua lucha no puede por menos que ser un pueblo guerrero, arrogante; su propia existencia le imponía la necesidad de la lucha, lucha continua, crónica, por decirlo así, que a la larga debía engendrar en la población un verdadero culto del coraje. Y tenemos entonces que una *fatalidad geográfica*, el hecho de estar situada en el punto de encuentro de dos continentes, como brindándose a todas las ambiciones, impone a los habitantes de la península ibérica una *fatalidad psíquica*: el espíritu combativo, duro, "abrasador como su sol:" *La Arrogancia*, en suma.

Junto a este aspecto colectivo del carácter nacional es preciso señalar uno particular que se deriva de la configuración interna del suelo: éste, sumamente montañoso, establece barreras naturales entre las diversas regiones, lo cual unido a las dificultades de comunicación, especialmente en la Edad Antigua, aislaron casi de un modo completo a los varios pueblos de la Península, determinando en ellos un marcado espíritu regional, que los llevó frecuentemente a rivalidades y guerras intestinas. Tan marcada es esta cualidad del espíritu hispánico, que uno de sus historiadores ha citado la falta de solidaridad como la característica esencial de la Nación. Aún en nuestros tiempos, y a pesar de haber estado sometida España al despotismo religioso y político más absoluto que registra la Historia, durante tantos siglos, sus diversos pueblos conservan un espíritu profundamente regionalista; todavía Cataluña acaricia el secreto ideal de constituirse en estado independiente.

La geografía de España impone entonces al alma española una cualidad general, colectiva: la Arrogancia; y una particular local: la falta de solidaridad. Podemos llamar a las formas que toma esta doble tendencia psicológica, en la Edad Antigua: Heroicidad y localismo. El sitio de Numancia, las campañas del Cid, hablándonos están de como fué heroica España; y la conquista de ésta por Roma, después de dos siglos de lucha contra los valientes celtíberos sólo se puede explicar por el espíritu regional de sus pueblos, por la falta de solidaridad étnica y nacional.

17.—Transformada la España en provincia romana, y habiendo sido necesario por el espíritu batallador e independiente de los naturales, el establecer divisiones permanentes, contra la costumbre romana, pronto los conquistadores se mezclaron con los vencidos, y el elemento latino va a influir de un modo esencial, con la formación de una raza mixta, la celtíbero-romana, la que "más descolló entre las que resultaron de las ocupaciones romanas."

Al latinizarse la Arrogancia española, no desapareció, sino que, alimentándose de la nueva civilización recibida, adquirió dos nuevas formas: la una filosófica y la otra literaria. La primera está resumida admirablemente en la doctrina moral de Séneca el filósofo, quien "aunque nacido en la Bética es ante todo castellano." Esta doctrina es un estoicismo no interno como el romano, sino externo; en él no hay "nada que recuerde ni la calma olímpica de Marco Aurelio, ni el rígido y seco estoicismo de Epicteto." Su máxima fundamental: "Condúctete de suerte que sean cuales fueren los acontecimientos, *pueda siempre decirse de tí que eres un hombre*" nos pone de manifiesto hasta qué punto interviene en esta doctrina el concepto del "*qué dirán.*" La Arrogancia se apropia pues, el estoicismo romano y lo transforma en un verdadero culto del yo, en un *individualismo introspectivo*. No es ya la heroicidad antigua, fiera guardadora de la integridad y gloria colectivas; es la heroicidad reconcentrada, el esfuerzo egoísta y solitario por aparecer entre los demás distinguido y gallardo; la voluntad resuelta a los mayores sacrificios con tal de seguir la regla suprema: Esto Vir! Sé hombre! La segunda forma, dió origen al lenguaje altisonante, rebuscado que predomina sobre todo en Góngora. La Arrogancia tomó la gravedad y sonoridad del latín y los transformó en Efectismo. "La pujanza oratoria, la expresión siempre violenta y exagerada, el rebuscamiento en el vocabulario y los sutiles juegos de palabras, son siempre españolisima *arrogancia verbal*, siempre Efectismo. "El Español, bravucón de la vida real, es también un bravucón de la literatura." Original se mostró la España latina en las letras, quizás por este mismo espíritu ardiente y violento que le hace siempre preferir lo heroico y lo grande; Séneca y Luciano, Quintiliano y Silvio Itálico, Marcial y Floro, son exponentes de una literatura superior a la que se produjera en la Galia, pero en todos ellos vibra el tono declamatorio y enfático que hemos señalado. Aún en aquellos destacados espíritus de la literatura castellana, como

Lope y Quevedo, que supieron notar este colectivo vicio del habla española, y lo criticaron finamente; aún en ellos el efectismo es una sombra que pasa y repasa por el luminoso cielo de sus producciones.

18. — En la Edad Media intervienen dos factores que modifican la Arrogancia ibérica dulcificándola un tanto; estos factores son: los godos y el cristianismo.

Los pueblos bárbaros que invadieron el Imperio Romano, aunque de una civilización más atrasada que la de éste, eran sin embargo más propensos a la sentimentalidad y al altruismo que los iberos y latinos. De aquí la sinceridad y entusiasmo con que se convirtieron godos y francos al cristianismo. Esta religión produjo al influenciar en la civilización bárbara y romana, en toda Europa, el régimen feudal y una moral caballescaca.

España recibió juntamente con la invasión de los visigodos la religión cristiana, y entonces el estoicismo de Séneca es reemplazado por el pundonor de los fidalgos y sobre la Arrogancia ibérica, fondo indestructible del alma española, florece un cristianismo exterior, formalista, aparente. Y no podía ser de otra manera ya que el carácter español era en esencia contrario al verdadero espíritu cristiano; para que Hispania hubiera abrazado sinceramente la nueva religión se hubiera necesitado cambiar la naturaleza misma de la población, y los godos sólo se contentaron con darles sus jefes. Pero estaba escrito que el pueblo más anticristiano de la tierra, debía ser el más ardiente y fanático defensor del Cristianismo: se produce la invasión morisca, y España ante la terrible amenaza de muerte que se cernía sobre ella, tanto más terrible si se considera lo poco solidarios que eran los pueblos de la península, toma la religión como el único vínculo que podía producir la necesaria unión política. De aquí que el grito más hondamente español, más aún, que el *esto vir* de Séneca, es la invocación guerrera: ¡Santiago, cierra España!

Se alteró pues, en su esencia la religión cristiana: al ser modificada por la Arrogancia española, se hizo eminentemente combativa. En casi todos sus santos se nota la tendencia de imponer la fé por la fuerza: Santa Teresa en temprana edad va a combatir contra los moros, y más tarde exclama con majestad y orgullo propios de reyes: "No tengo todavía veinte años y me parece tener el mundo a mis pies." Santo Domingo de Guzmán funda una orden con el objeto de combatir las herejías con su orgullosa argumentación escolástica. Cuando

no esta forma combativa la religión cristiana en España toma la ostentación de la penitencia como una nueva forma de arrogancia. El individualismo introspectivo de Séneca se convierte en un individualismo místico en los tiempos de San Ignacio de Loyola. Cada uno quiere distinguirse llevando una vida solitaria y contemplativa, ayudando y haciendo penitencia. Muy pronto los ermitaños pululan por todas partes.

Se nota también desde esta época en España la preferencia con que se cultivaron la Teología y la Jurisprudencia. Ambas ciencias, especialmente, la segunda, implican lucha de ideas, discusión de principios, lo cual les da cierto carácter arrogante que se correspondía admirablemente con el espíritu español.

Igualmente tuvo una aceptación harto simpática por parte de éste, un género especial de Literatura conocido con el nombre de libros de Caballería, y en los que se narraban las aventuras más fantásticas y caballerescas. Tanto se extendió este género de Literatura que llegó a considerarse como una verdadera epidemia moral. Las Cortes y los reyes en varias ocasiones proyectaron tomar una medida definitiva contra ese mal, pero no se atrevieron jamás a proceder por el temor a la inmensa popularidad de que gozaban.

19.—En la Edad Moderna la Arrogancia española toma principalmente, tres formas, a saber: El Despotismo Religioso, la Uniformidad forzada y aparente y el Desprecio del Trabajo.

Ya hemos visto como el fanatismo religioso fué una necesidad vital de España en los tiempos medioevales; y esta necesidad se dejó sentir también profundamente en los primeros siglos de la época moderna, hasta tanto que no desapareciera por completo el peligro morisco para ella. La Nación necesitaba para su defensa de la mayor cohesión, de la mayor unidad política; pero, ¿cómo conseguir ésto en una población que vivía en continuas rebeliones y rencillas internas y cuyo individualismo anárquico era contrario a toda autoridad y a todo orden? Ya desde los tiempos de Fernando el Católico, éste se quejaba al enviado Guichardin de que los pueblos españoles eran los más difíciles de gobernar. Y sin embargo, era preciso que España se uniera ante al enemigo; así lo comprendieron los reyes Católicos y aplicaron el único medio capaz de conseguir ese fin: el Despotismo religioso; la unidad política mediante el temor de la Inquisición. Dos fueron las funciones que tuvo ésta que cumplir: la una internacional: mantener la unidad de la Iglesia peninsular contra toda religión exterior no cristiana; nacional

la otra: mantenerla contra toda heterodoxia peninsular. Esta última constituye el antecedente obligado de la primera, que fué su misión suprema.

Para cumplir estas dos funciones la Inquisición atacó de frente, y por decirlo así, en pleno corazón, lo que había de más genuino y noble en el alma española; ahogó su altivez tradicional, su espíritu independiente, imponiendo a todos la uniformidad en las creencias, en las ideas, en los sentimientos y hasta en el traje. No lo consiguió sin embargo sin tener que recurrir a los medios más horrorosos y crueles. Fué necesario el fuego, el mismo fuego del Infierno, para conseguir por medio de la hoguera, reducir a la obediencia y a la sumisión al pueblo más altivo de la tierra.

Bien es verdad que la Uniformidad conseguida en esta forma fué sólo aparente y forzada; precisamente por lo mismo que fué impuesta por la violencia no llegó nunca a echar raíces en el plasma de la población. Por lo cual aún en nuestra época los vascongados y los catalanes, los andaluces y los castellanos viven desunidos y sin formar una entidad nacional sólida; y en cuanto a la religión, se hace constar que en la fidelísima España ha aumentado de día en día la incredulidad y la indiferencia.

Con todo, el despotismo religioso abrió el camino al despotismo político: la uniformidad espiritual impuesta por el Santo Oficio, fué seguida de la uniformidad material impuesta por un Gobierno absolutista. Las viejas libertades comunales fueron ahogadas en sangre por Carlos V y Felipe II. Esta unidad perseguida por los medios más extremos costó a España la mejor parte de su población. Familias enteras perecieron y otras emigraron. Los cuarenta millones de habitantes que tenía en tiempos de los Reyes Católicos, se vieron reducidos a unos siete millones.

Por otra parte, la arrogancia española condujo al desprecio de todo trabajo manual, a la repugnancia por toda labor larga y paciente. Siempre había sido ésta una cualidad del carácter español, robustecida por la ética greco-romana que estimara el trabajo manual propio únicamente de los esclavos; pero en la época moderna llegó a manifestarse en toda su fuerza, debido a los libros de Caballería, al descubrimiento de América y a las ideas económicas, generalizadas en esa época, que identificaban la riqueza con el metal precioso. Llegóse a creer así

que la única carrera digna y noble era la de las armas, y como el trabajo es la paz se lo tuvo en menos, buscando ardorosamente honores y fortunas en las más descabelladas empresas. "Las grandes y gloriosas aventuras nacionales, confiesa un español, han hecho de nosotros un pueblo de aventureros."

Signo muy significativo del espíritu dominante en ese tiempo, es el abandono en que se tiene la agricultura, y en cambio, la decidida protección que se presta a la ganadería. La cría de caballos para la guerra, de toros para las clásicas corridas, era algo digno para el orgulloso español; y no así la labranza de la tierra, el largo y perseverante cultivo de las plantas. "La parte más ilustre de la Nación se habituó a recibir pasivamente los elementos necesarios para la vida." Si a esto se añade que solicitado por el clero se expulsaba a los moriscos a principios del siglo XVII, se comprende cómo muy pronto la poderosa nación "que hacía temblar al mundo cuando se movía no fuera sino un vasto campo de Misericordia." Con los judíos y moros "los mejores agricultores ausentes, los regadíos fueron descuidados, los frutales perecieron de sequía; el cultivo del arroz fué abandonado; también lo fueron el del azúcar y el del algodón, las industrias de la seda, de la lana, del papel, de los cueros todo desapareció casi por completo. El comercio pasó a manos de franceses y holandeses en Castilla y Andalucía. Al alegre bullicio de las poblaciones sucedió el triste silencio de los despoblados. En vez de caravanas de tragineros hallábase por los caminos cuadrillas de bandidos emboscados por matorrales y riscos; contrabandistas en las fronteras; mendigos en los lugares."

Careciendo de los artículos más indispensables; con la agricultura hechada a perder, con el Comercio y las Industrias poco menos que muertas, España tuvo que importar de las demás naciones, de Francia, Inglaterra, Holanda, especialmente, todo lo que necesitaba para su vida, y de este modo las enormes cantidades de oro que producía América pasaban por sus manos a las de los extranjeros.

20.—Hispania, más que todos los pueblos neo-latinos, ha heredado de Roma esa cualidad tan saliente de los conquistadores del Mundo, que lo hace calificar como pueblo orgulloso, grave, solemne. El carácter español, amigo por naturaleza, de todas las formas altivas y arrogantes se apropió fácilmente la gravedad romana, reconociendo en ella algo familiar, indiosinocrática por decirlo así; y a la Uniformidad impuesta por el

Santo Oficio le dió un matiz de solemnidad y formulismo muy propios de la raza. Llamamos a este aspecto de la Arrogancia, la tiesura española, tan comentada por nacionales y extranjeros.

Interesante resulta el imaginar el resultado que hubiera tenido para la Psicología española, si alterado el orden de la Historia, en lugar de ser conquistada por Roma lo hubiera sido por Grecia; el espíritu de los griegos tan opuesto, por su flexibilidad y gracia al de los romanos e iberos, hubiera servido tal vez de contrapeso al rígido y solemne espíritu español. Lo que en Italia constituyó el Renacimiento, hubiera traído en España bajo una larga dominación griega, el nacimiento de una fase nueva en el carácter español; excluidos los extremos a que su fatalidad psíquica lo ha conducido a través de la Historia, hubiera encontrado quizás el equilibrio étnico y psicológico tan deseado, y hubiera dado el espectáculo de un pueblo ardientemente imaginativo pero serenamente artista; capaz de las hazañas más grandes y de las especulaciones filosóficas más profundas; activo y espontáneo; práctico y soñador al par.

Pero la voluntad secreta que rige los destinos de la Humanidad quiso que España robusteciera las cualidades salientes de su psicología con la herencia romana. La cuadratura romana, como se llama a ese espíritu grave y solemne que caracteriza a los antiguos romanos, engendró en España el *decorum* español, rasgo que puede apreciarse especialmente en la etiqueta de las Cortes de Aranjuez y Madrid. Dice un escritor francés: "Los oficios del ceremonial español no se cumplían como en Francia con la agilidad de espíritu y con las gracias de la cortesía. También en trajes y rostros, entristecida por la vigilancia de la Inquisición, gobernada en su interior por dueñas intratables más puntuales que abadesas, la Corte de Carlos II ofrecía el aspecto de un clero fúnebre oficiando ante un rey embalsamado."

Al lado de la tiesura española, y contraponiéndosele aparentemente, se presenta la cualidad que llamamos *truhanería*. Pintada admirablemente resulta en aquel género de literatura conocido con el nombre de la Novela Picaresca. Su objeto es descubrirnos al pícaro, al rufián "que hace caballería de su desvergüenza," y sin amilanarse por la miseria y la desgracia, halla en la ironía una nueva clave para conservar su altivez. Contraposición aparente hemos dicho que existe entre esta cualidad y la tiesura, porque en el fondo es uno sólo el principio psicológico que preside el carácter español, sea que se considere

éste en el más estirado y serio hidalgo castellano o en el más infame y cínico de los bufones. En aquél, las condiciones sociales de posición y fortuna hacen derivar lógicamente la arrogancia hacia la forma señorial y solemne del *decoro*; en éste, su miserable condición impone a la arrogancia las formas impotentes de la burla y la desvergüenza. Por eso se ha dicho que Quevedo—que ha unido como nadie lo austero y lo jocoso en sus escritos—es el tipo más representativo de la raza, aún más que Cervantes.

El pueblo español se ha distinguido desde los tiempos más remotos por su pasión al botín; esto es indudablemente un rasgo general en todos los pueblos primitivos; pero halló en Hispania ambiente propicio para arraigar y desarrollarse intensamente; guerrera y combativa por excelencia, todos los impulsos que favorecen esta tendencia, se manifiestan con fuerza en los diferentes períodos de su historia; y las riquezas del enemigo, el afán de conquistarlas por las armas, ha sido en la Antigüedad uno de los móviles más poderosos de la guerra. En la canción del Mío Cid se aprecia cómo la codicia por el botín es una de las más ardientes preocupaciones del famoso Campeador. En los tiempos de la Conquista de América se intensificó esta tendencia, con el relato de las riquezas inmensas que poseían las lejanas tierras descubiertas por Colón. Fué una verdadera explosión de deseo, de avidez por hacerse rico en poco tiempo y que trajo consigo la explotación despiadada de las razas autóctonas de América. Extendiéndose e intensificándose este afán se manifestó también en la península, en toda su crudeza, con las cargas cada vez más onerosas impuestas por la Corona al pueblo, las rapiñas de los gobernantes, los abusos cometidos en los Países Bajos; las ventas de las indulgencias, etc.

Sin embargo, es preciso notar que esta avidez por la riqueza no iba acompañada del espíritu práctico y metódico que se necesitaría para, una vez adquirida, conservarla y utilizarla. El español que con tanta ardorosidad persigue la riqueza; que con Pizarro traza una raya en la tierra y la atraviesa dirigiéndose hacia donde espera lo Desconocido y la Muerte, porque hacia allá lo empuja una incierta esperanza de fortuna; el español es absolutamente incapaz de conservar lo que ha obtenido; es tan avaro de la riqueza imposable como pródigo en sus tesoros; de aquí que su avaricia no es retentiva por decirlo así, sino sólomente adquisitiva. Y así es como la prodigalidad y la avidez del español forman otras dos formas aparentemente contra-

dictorias de la Arrogancia española; para el español la naturaleza y los demás hombres deben estarle sometidos; son sus inferiores, y los deben por lo mismo acatamiento; toma de aquélla, como algo que le es debido, el oro y la plata que encierra, pero inmediatamente lo reparte entre los demás con gesto protector. Dar es muy propio de la raza arrogante en cuyos dominios no se ponía el sol; adquirir por derecho innato, por la razón del más fuerte, era muy natural en quienes tenían tan hondo desprecio por el trabajo.

21. — Si profundizamos en las causas que presiden los trastornos interiores que se producen en España como reacción del carácter altivo e independiente de los españoles contra la férrea uniformidad impuesta por la política religiosa y absolutista de la Corona, veremos que, aparte de esa cualidad psíquica fundamental que conocemos con el nombre de Localismo—y que deriva de la configuración geográfica interna de España—localismo que constituye a no dudarlo una de las causas esenciales de aquellas revueltas; existen otras, esenciales también, de carácter étnico, en los diversos ideales de organización social que han conservado los descendientes de francos y godos por un lado y los de los celtíberos-romanos de otra.

Efectivamente: los germanos concebían a los gobernantes como jefes elegidos por la colectividad, esto es, como una autoridad cuyo fundamento residía en la voluntad de todos; amaban intensamente la libertad y tenían la costumbre de reunirse en asambleas libres, donde consideraban y resolvían los asuntos más importantes de la vida social. En cambio, los celtíbero-romanos tenían un concepto completamente opuesto de la autoridad; la consideraban fuera y por encima de la sociedad, y por lo mismo, veían en la centralización del Poder el único medio de conseguir el bien colectivo. Estas dos tendencias actúan en la península, teniendo aquélla sus primeras formas o antecedentes en los parlamentos, en la legislación foral; y ésta, en la dominación romana y en la política de unificación, practicada desde los Reyes Católicos.

En aquellos períodos en que los peligros exteriores, imponen a la nación la necesidad de unirse para la defensa, esas dos tendencias permanecen reprimidas, acalladas; pero cuando habiendo España vencido a moros y protestantes, halóse con Carlos V libre de toda amenaza contra su integridad nacional, resurge la rivalidad entre la sangre germana y la latina, y se produce la lucha civil. El Emperador, representante de la

tendencia celtíbero-romana, logra vencer a los comuneros, afirmando así el despotismo y la Uniformidad religiosa.

Vencido, pero no muerto, el partido teutón resurgió nuevamente en la Guerra de la sucesión de Carlos II. Catalanes y aragoneses lucharon en favor de las pretensiones de la Casa de Austria, apoyados por Inglaterra; Luis XIV tenía en cambio a los castellanos de aliados para sacar triunfante su deseo de colocar a su sobrino en el trono español. La guerra favorable a estos últimos, determinó nuevamente el predominio del ideal latino sobre el germánico, consolidando el régimen despótico con el advenimiento de los Borbones.

22.—A partir del siglo XVII España decae rápidamente, señalándose esta decadencia en los caracteres físicos y morales de su pueblo. Por el encadenamiento de los sucesos históricos hemos visto que la Arrogancia española conduce al Fanatismo religioso, a la Política de la Inquisición, al Desprecio del Trabajo, y robustecidos todos estos fenómenos con las causas étnicas, trajeron como consecuencia fisiológica la descastación de la raza.

Es indudable que la miseria ha sido la causa inmediata del proceso degenerativo de España. Su fanatismo condújola en 1.492 a la expulsión de los judíos; en 1.609-10 a la de los moros, librando así de infieles el suelo del cristianísimo Reino; pero esos infieles constituían la población activa y laboriosa; al salir ellos, "paralizáronse las fábricas, languideció la agricultura. Grandes trozos de Castilla convirtiéronse en desiertos. Los árboles parecían descuidados y no se replantaba. Mal alimentadas las reses, las carnes empezaban a ser poco nutritivas. . . . Las ciudades daban miedo al igual que los campos. La soledad y el hambre reinaban en ellas. Cataluña se disgrega; Portugal sigue a Cataluña. Sin estas provincias y con la miseria en las Castillas y Andalucía, sin poder imponer pechos al país vasco, el rey no cobra ya las nuevas gabelas que nadie paga, y acude a los donativos; su Majestad Católica pide limosna. Pero ya ni eso le vale; nadie tiene ya nada que dar. Entonces el rey no pudiendo mendigar, roba. Los esbirros de la Corona asaltan las poblaciones. Inmediatamente se forman verdaderas tribus de desposeídos que andan errantes por la Mancha y los montes de Toledo, expuestos al sol y a la interperie. Media Andalucía muere de inanición. En Valencia y en Murcia las gentes acostúmbranse a comer hierbas. Veinte mil mendigos asaltan a Madrid, pálidos como espectros."

Un estado de miseria tal, no puede traer sino la degeneración de la raza; la miseria produce raquitismo en el cuerpo, incapacidad en el espíritu. He aquí por qué los rasgos fisiológicos y psicológicos del español, son tan inferiores a los del español de la época de Pizarro y Cortés.

Otra de las causas que ha contribuido a la degeneración del pueblo español es la vida anti-higiénica. Los comienzos de ésta es preciso buscarlos desde que se inició la cruzada morisca: replegados los españoles en las montañas y valles de Asturias, tuvieron que soportar durante mucho tiempo las más duras privaciones. La falta de medios de comunicación, la aridez del suelo, el estado de lucha en que tenían que vivir, determinaron el semi-olvido de la civilización romana, haciendo resurgir ciertas costumbres primitivas. Semi-desnudos, no cuidaban de asear el cuerpo, y "vivían como fieras." Verdad que los árabes implantaron una civilización muy floreciente y que se distinguían siempre por su amor al aseo y a la belleza. Pero precisamente esto, va a ser causa de que, más tarde, cuando se los expulsó definitivamente, por una ciega exageración del odio que suscitaron en el sentimiento español, se extendiera éste a todo lo que los infieles amaban. Y así la Inquisición condenó el cuidado del cuerpo, las abluciones, sólo porque están prescritas en el Islam. El carácter del ascetismo español fué predominantemente anti-higiénico, anti-saludable, y tiene por lo mismo, no poca influencia en la degeneración étnica. "Todo lo lujoso, limpio o bello era maldito porque trascendía a Islam; todo lo sucio, repulsivo y penoso era santo porque dimanaba del ideal cristiano del sacrificio."

Alguien ha señalado también como una causa esencial de la degeneración de España, el hibridismo resultante del cruce de razas cuyo parentesco es demasiado lejano y que no logran amalgamarse por lo tanto. Se desespera de que el elemento indo-germánico logre imponerse sobre el cartaginés, el árabe, el judío, etc.; son elementos que conservan su antagonismo—se dice—y que de dar frutos no pueden ser otros que los de la decadencia.

A la verdad, no hay duda que la combinación de muchas razas tiene una gran parte en la psicología de España; pero el punto principal aquí estriba en ver si es posible establecer de una manera científica y definitiva, a qué raza pertenece cada una de ellas, para establecer su mayor o menor capacidad de fundirse para formar un solo tipo. Al hablar del hibridismo

español se parte del fundamento de que los primitivos pueblos pertenecían a la raza aria; más aquello es aún cuestionable la teoría de Ratzel supone que los iberos sólo en la parte norte y pirenaica tienen un origen asio-europeo, siendo en la parte sur de origen afro-europeo. De ser cierto esto, no resultarían entonces los españoles con un parentesco racial tan lejano de los árabes, y más bien pudieran ser, sobre todo en ciertos pueblos, razas afines.

No siendo pues, posible establecer un fallo definitivo sobre la cuestión étnica, creemos que la influencia de las diversas razas en España debe considerarse como secundaria, y que debe admitirse la Arrogancia española—que trajo en definitiva la miseria, cuya consecuencia fisiológica fué la degeneración—como la causa remota y profunda que, sirviendo de eje a la evolución social de España, ha producido en los tiempos modernos la descastación de la raza.

Signo inequívoco de la degeneración de España es la falta de felicidad que se aprecia en su pueblo. "Pedir gloria y felicidad dice un español, es gollería." El español tiene algo que podemos llamar poco aguante para la felicidad, que no es sino una consecuencia directa de su falta de salud. Observemos algunos de los pueblos más fuertes y sanos, por ejemplo, el norte-americano, y veremos que la felicidad de un yanqui depende en gran parte de su capacidad para el trabajo; de la fortaleza de sus músculos, del equilibrio de sus nervios; de su exceso de vitalidad, que no sólo le permite ganar con su esfuerzo diario, los elementos necesarios para su subsistencia, sino que le deja además tiempo disponible para cultivar alguna pasión secundaria por un arte, un oficio cualquiera, y para vigorizar su cuerpo con adecuados ejercicios.

El español no puede gozar de la vida porque no tiene la salud necesaria para ello. Algunos de los escritores de la península, creen que la falta de felicidad se debe a la forma de gobierno, y estiman que con un cambio de régimen se produciría el bienestar nacional. Sin negar la influencia que tiene el factor político en la vida de las naciones, creemos que la causa principal no está en el gobierno sino en la sociedad misma. El régimen de la libertad en un pueblo que no tiene el hábito del trabajo, ni un estado económico satisfactorio, no producirá un cambio radical en sus condiciones de existencia. Antes es necesario regenerar al pueblo; regenerarlo por medio de la higiene, del trabajo, de una buena alimentación; producir

en una palabra, un estado de salud plena, y entonces sí, una vez producida la regeneración fisiológica de la sociedad, todas las demás reformas vendrán por sí solas.

23.—Hasta aquí hemos considerado las formas de la Arrogancia española desde la antigüedad hasta la época de su mayor esplendor, incluyendo aún aquellas que, llevando a sus extremos las tendencias del carácter hispánico, fueron las causas inmediatas del decaimiento de la Nación.

Veamos ahora las formas que toma al producirse esta decadencia y finalmente aquellas que presenta cuando la degeneración de la raza es un proceso consumado.

Desde que la Arrogancia española, yendo más allá de su primitivo objeto, reforzó la defensa con la ofensa, y quiso bajo Felipe II unificar al mundo bajo la fé católica; desde que se enfrentó al mundo, acometiendo una empresa superior a sus recursos, y pretendió imponer por la fuerza de las armas, el catolicismo en Europa, se han señalado como signos de retroceso en el carácter español, la ferocidad y la pereza. Negar que estas cualidades brillan con resplandores vivísimos en el alma hispánica, sería negar la evidencia. Pero lo que sí se puede negar es el concepto erróneo que se ha generalizado de la ferocidad española, y que la reviste de los aspectos más crueles y refinados.

Tanto la pereza como la ferocidad son dos cualidades que han existido desde los tiempos más lejanos en la psicología hispánica; si se hicieron notar en la época de la decadencia, y las tomamos como las formas lógicas de la Arrogancia en ellas, es porque el desarrollo de los acontecimientos ha hecho que, enfrentándose España a los infieles y a Europa, a impulsos de su fanatismo religioso, su ibérica arrogancia la llevó a veces, a ser feroz en sus guerras civiles e internacionales; y porque habiendo llegado la nación a un estado de miseria colectiva, su pereza tradicional resalta y se acentúa más que nunca.

Pintan algunos escritores la ferocidad española, como sumamente sanguinaria y cruel; llegando hasta parangonarla con las costumbres romanas del tiempo de Nerón; o las más crueles de la decadencia bizantina. Nada hay sin embargo, más contrario a la realidad. Los que hayan investigado el origen de la fatalidad psíquica española, comprenderán que Hispania debía necesariamente ser feroz, así como fué y es independiente, orgullosa, fanática. La ferocidad no viene a ser entonces en ella un signo de decadencia, y menos aún de

disgregación social y moral; es un rasgo natural, lógico de su carácter, que se muestra con más o menos intensidad, según las circunstancias. De tal modo es una consecuencia lógica de su fatalidad psíquica, que siempre se muestra de un modo rudo, sencillo, espontáneo, como algo ordinario y corriente. En la canción del Mio Cid y en el Romancero, se cuentan los hechos más sangrientos con naturalidad y sencillez manifiestos. Y es que España debiendo defenderse continuamente contra las ambiciones de sus vecinos, teniendo que soportar guerras tras guerras, y rechazar invasiones tras invasiones, tenía que acostumbrarse a espectáculos de sangre, y aparecer hasta cierto punto, feroz. Pero esta tendencia manifiéstase desde los comienzos de su Historia. ¿No había en él fondo del acto de Guzmán el Bueno una gran ferocidad al mirar impassible como era degollado su hijo con su propio puñal? En la época de su mayor esplendor, España ha sido tanto o más feroz, que en su decadencia.

Un aspecto muy comentado de la ferocidad española, ha sido las crueldades cometidas por la Inquisición. Sin embargo, debemos recordar que el gran movimiento de la Reforma produjo no sólo en España sino en casi toda Europa, terribles guerras en las que no campearon ni mucho ni menos, los sentimientos bondadosos. Sangrientas fueron en Alemania, Francia, Inglaterra las guerras de la Religión, y sangrienta tenía que ser en España, con mayor motivo, dada su psicología. Por otra parte, no es justo culpar de este aspecto a la Religión Católica. Los españoles no han sido jamás verdaderamente católicos. Su espíritu arrogante y egoísta por excelencia, ha permanecido a través de larga evolución social, tan egoísta y arrogante, como le ha permitido el empuje de la solidaridad y el adelanto del siglo. Ese espíritu no puede adaptarse al ideal cristiano, porque le es completamente antagónico. La humildad y el orgullo, la Caridad y el egoísmo, son sentimientos inamalgamables: los unos excluyen los otros. Y sin embargo, (y es aquí precisamente donde se encuentra la contradicción más notable del carácter español,) España es la nación "de los Reyes Católicos;" la nación más cristiana y fanática. La clave que soluciona esta contradicción ya la conocemos: La religión española no es sino formulista, externa; se ha apropiado la letra del Cristianismo, pero no su esencia; España ha tomado la Religión más desinteresada—toda caridad y toda bondad—como el instrumento de su Arrogancia, como el medio de sacar

triumfantes sus sentimientos—todo aspereza, todo egoísmo.— Resulta entonces, que, en el fondo, lo que produjo en España los horrores de la Inquisición, no fué propiamente la Religión Cristiana, sino antes bien la falta de verdadero espíritu cristiano; la intransigencia egoística del español que echó mano de cuantos medios le fué posible, para establecer la conformidad religioso-política que estimaba necesaria a la salvación nacional.

Con relación a la pereza, esta cualidad pudo notarse desde los tiempos más antiguos en la indolencia de los aborígenes; con la invasión romana hizose filosófica; bajo la dominación árabe se hace contemplativa; en la decadencia es indigente. Escribe en el siglo XVII madame d'Aulnoy: "los españoles prefieren soportar el hambre y todo género de penalidades, a trabajar. El orgullo y la indolencia les impiden labrar la tierra que por consiguiente, permanece inculta, a menos que algunos extranjeros más industriosos emprendan la obra, llevándose a su patria los salarios, mientras el mísero campesino español rasga una guitarra vieja o devora con los ojos un pobre romance."

Pasemos ahora a las formas degenerativas: son éstas principalmente el Matonismo, la Verbosidad, la Fanfarronería y la Maledicencia.

Decaído física y moralmente el español, el altivo pundonor de los fidalgos se prostituye y se convierte en Matonismo; las grandes empresas están ya lejos; pero el espíritu pendenciero de los españoles encuentra un nuevo campo donde desarrollar sus tendencias indestructibles; las juergas españolas son célebres porque siempre terminan con hechos de sangre; la espada ha sido sustituida por la navaja. No poca influencia ha tenido quizás en la formación de esta cualidad, los caracteres del amor entre los españoles; en este sentimiento como en todos los demás, predomina la arrogancia, manifestada en los celos más feroces. Todo lo que en este sentimiento hay de ternura profunda, espíritu altruista y comunicación simpática y profunda de dos almas, no tiene cabida entre los españoles; el amor español es esencialmente dominador; es un verdadero frenesí de dominio acompañado del orgullo de dominar. En él entra como elemento principal el amor y la estimación exageradas de sí mismo, antes que el afecto y la veneración a otra persona. Un sentimiento de esta naturaleza, es lógico que provoque frecuentes hechos de violencia y de sangre.

Al hablar de la truhanería, dijimos que el pícaro no se humilla con su estado miserable, y antes bien transforma sus apuros en lances de risa; pues bien, el español contemporáneo tampoco puede admitir su estado inferior, ni siquiera suponerlo. Privado hasta de los recursos más necesarios; en un estado actual que está muy lejos de un bienestar mediano, aún se siente capaz de hablar de empresas gloriosas y de desafiar al mundo. Es la Arrogancia española, la eterna Arrogancia española, que no hallando fuerzas en el pueblo para manejar la masa de Segismundo ni la lanza de Dn. Quijote, se refugia en la lengua, transformándose en *verbosidad*, en pura *baladronada*. En esta cualidad no hay duda que algo ha influido la dominación árabe; pero ya hemos visto que desde los tiempos de Séneca, el efectismo literario es un rasgo predominante en el genio hispánico.

Hoy el español se distingue por su tendencia a sacrificar el fondo por la forma; por su lenguaje rimbombante, por su verbosidad superficial y efectista. No se preocupa de profundizar en la ciencia porque sabe que más efecto producirá un trozo *bien* escrito, esto es, altisonante y enfático, que el resultado escueto de paciosas investigaciones. De aquí que, íntimamente unido a la verbosidad, y como la mejor manifestación de la fanfarronería española, se nota un profundo desdén por toda labor metódica y perseverante. Estudiar con afán y perseverancia por largos años, prepararse concienzudamente para emprender en la realización de algún negocio, cultivar un ciencia o un arte, ordenadamente, o dedicarse a labrar la tierra con paciencia y confianza en el futuro, es algo que produce repugnancia al español que todavía tiene un El Dorado en su imaginación, y a quien sólo lo atraen las empresas en que se puede improvisar una fortuna. Por eso, para él no resultaría muy elogioso el llamarlo inteligente; y en cambio le sería sumamente halagüeño y placentero oírse llamar listo, afortunado.

En ningún país tiene como en España, la Maledicencia los caracteres de generalidad y crueldad tan completa e intensamente manifiestos. Comentar cualquier acto de una persona en detrimento de su honor, es cosa corriente en la buena y en la baja sociedad, en ciudades y en campos. La maledicencia se ceba inclusive en las damas, de un modo especial en ellas. No parece sino que habiendo ya desaparecido la Inquisición que unificaba en la fé mandando a la hoguera a los

heterodoxos; se quiera hoy unificar en la degeneración a la raza lanzando todas las honras al fuego del desprestigio. Bien mirado pues, la Maledicencia es un aspecto de la Ferocidad española; aspecto que ha sido anotado y criticado por autores como Benavente y Echegaray en *La Comida de las Fieras* y *El Gran Galeoto*.

Terminaremos el estudio de esta época de degeneración de España, haciendo mención de dos cualidades que también aparentemente se contraponen, son a saber: la alegría y la tristeza. ¿Quién no ha oído hablar de la alegría de España, de la tierra de las mujeres de ojos ardientes y bellas sonrisas, de la tierra de la pandereta y de los claveles, del sol brillante y de la loca Andalucía? Y sin embargo, la alegría española tiene algo sombrío, algo vergonzante. El pueblo que no tiene capacidad para ser feliz, que vive pobremente y luchando por disimular su estado, no puede ser sinceramente alegre. En el fondo del alma española aletea la tristeza, hija del ascetismo religioso y de la miseria colectiva. La alegría española no es sino un aspecto de la Arrogancia hispánica, que soporta estoicamente las mayores desgracias, pero que no quiere que los demás las conozcan ni compadezcan.

24.— Así como la palabra es la manifestación de la idea, el lenguaje es también la expresión más genuina del espíritu de un pueblo. El idioma inglés, parco, nada apto para las digresiones inútiles, con pocos signos para varios sonidos, es el fiel retrato del alma británica, práctica y metódica por excelencia; el francés, elegante, suave, armonioso, refleja con igual fidelidad el carácter francés sociable y complicado por esencia; pues bien, el idioma español enfático, sonoro, grave, es la viva imagen del español arrogante y orgulloso siempre.

Si consideramos la literatura castellana desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros tiempos, veremos que en toda ella hay una cualidad general, dominante, perenne: la Arrogancia. En la canción del Mio Cid, en el Romancero; en el sitio de Numancia, en *La vida es sueño*, en don Juan Tenorio; en todas las obras sobresalientes de su literatura, antigua y moderna, la nota arrogante vibra como el símbolo del alma española.

M. Brunetiére ha dicho: "La literatura española es esencialmente caballeresca y romántica," afirmación que coincide con nuestras conclusiones acerca de la psicología española. El espíritu ibérico, ante todo y sobre todo, arrogante, no podía por menos que sentirse atraído en las letras por el género

caballeresco y romántico. Puede decirse que, mucho antes que se extendiera por toda Europa el Romanticismo, ya existía este género literario en España. Porque el Romanticismo, entendido como reacción contra el clacisismo, no ha existido jamás en ella, ya que su literatura no tuvo en ningún momento verdaderamente los caracteres de clásica. Bien mirado el fondo de la Literatura española, podríamos decir que *lo clásico* de ella es precisamente *lo romántico*; en ella se pintan con rudeza y naturalidad las costumbres feudales, los sentimientos caballerescos, de modo que los escritores que en la Historia Literaria española aparecen como románticos, — Espronceda, el Duque de Rivas, etc. — no vienen a ser revolucionarios de la lengua, sino tradicionalistas.

Afirmando que la arrogancia es la cualidad natural de las letras españolas, no queremos decir que en los demás países no se la encuentra en uno que otro autor; hay autores extranjeros, por ejemplo Víctor Hugo, que usan un estilo arrogante; pero esto constituye una nota aislada y no tiene en ninguna otra literatura el carácter de generalidad como en la Española. Aún en Víctor Hugo la Arrogancia tiene un *modo de ser* diferente que en los autores españoles; en aquél más que efectismo, es una *música verbal* solamente.

Hemos visto que las ciencias que más se desarrollaron en España fueron la teología y la Jurisprudencia, porque su carácter de ciencias combativas le atraían las simpatías naturales del carácter español; pues bien, dentro de la literatura, el género trágico es tal vez el más efectista, el más solemne y grave, y por lo mismo, la literatura española lo cultivó de un modo especial. Y así, España fué la creadora del Teatro Moderno; más, cuando este género evolucionó y con los autores franceses abandonó el Romanticismo por crear la escuela naturalista de fin del siglo XIX, España fué incapaz de amoldar su espíritu a este movimiento, y su teatro siguió encerrado en los viejos moldes románticos.

En la Literatura Moderna, y en general, en la Psicología Moderna, hay una característica típica, inconfundible: es la Delicadeza. Hoy los estilos grandilocuentes, los grandes poemas épicos, las novelas románticas resultan anacrónicas, no encuadran en el espíritu sutil y complicado de la actual generación. La novela breve y psicológica, la descripción brillante pero rápida; la insinuación indirecta de una norma artística o social, sin discusiones sonoras, sin demostraciones dogmáticas,

sin conclusiones definitivas, es el alma de la Literatura Moderna. De aquí, que la Literatura española no haya podido elevarse al nivel del actual movimiento francés. Lo delicado no es arrogante sino elegante; y aunque en la arrogancia podemos encontrar también elegancia, no es precisamente la que conviene a la Delicadeza. En aquélla, la elegancia es sutil, en la segunda es ruda, grosera, primitiva. Y esto también nos explica el por qué, aún cuando inclinado a la sátira, el español no ha podido jamás ironizar fina y delicadamente; su sátira ha sido arrogante, despectiva; la aguda sutileza de Voltaire no se encuentra en ninguno de los satíricos españoles.

El idioma español, en general, es un idioma arrogante. Del Latín ha conservado la gravedad y sonoridad, y su construcción figurada; pero carece de la precisión de la lengua madre; "su hipérbaton es antes redundante que lapidario." Idioma esencialmente oratorio, resulta arrogante en todos los géneros literarios, desde el lírico hasta el filosófico, porque la Oratoria por lo mismo que es un género para ser oído y no leído, es talvez el más teatral y efectista de todos: no es un género *delicado* por decirlo así, sino más bien un arte de con-mover, de impresionar. . . . De aquí que se haya dicho que los españoles carecen del sentido de la delicadeza.

Estas características del Idioma se han manifestado también en la Gramática. En todos los idiomas se aprecian y asimilan debidamente, las nuevas creaciones de lenguaje, que por serlo merecen ser incorporadas al Diccionario; en cambio, en el Castellano, se les tiene verdadero horror, y se les condena de una manera expresa, con el nombre de Barbarismos e Idiotismos. Así mismo, el Castellano es el único idioma que usa los signos de interrogación y admiración al comienzo y al final de las frases. En los demás idiomas se usa sólo al final, siguiendo en esto al latín, —para indicar una ligera entonación especial de voz al concluir la frase; pero el idioma español, esencialmente oratorio, empieza y termina con énfasis, lo cual es muy propio de la ibérica arrogancia.

22. — Hemos estudiado la evolución psicológica de España; vimos que su fatalidad geográfica dió origen a su fatalidad psíquica, que en su rasgo general tomó la forma de Arrogancia, y en el interior, de falta de solidaridad. Ambas formas tienen su alimento en el culto del valor individual, culto que por el desarrollo histórico de España, se ha conservado intensificándose cada vez más. La influencia de los diversos pueblos que inva-

dieron la península, determinaron en su psicología un proceso que podemos llamar anti-individualista; proceso al cual contribuyeron latinos, cartagineses y árabes. Ahora bien, a pesar de estas influencias étnicas la tendencia Arrogante, individualista, de los primitivos iberos no ha sido destruída, sino deformada, aplastada, sobre todo por la influencia funesta de la Inquisición. "Un pueblo vive principalmente por la conciencia, fuente profunda de toda moralidad." El fanatismo religioso y el despotismo político han sustituido el verdadero espíritu español por otro aparente, formal y mecánico.

Resumiendo entonces, tenemos que el estado actual de la Psicología de España, es un estado de lucha por decirlo así: la tendencia individualista con raíces en el iberismo puro, todavía combate a la tendencia anti-individualista triunfante y partidaria de la Monarquía. La decadencia de España, débese al predominio de la segunda, ya que, los hombres como los pueblos, no pueden progresar ni desarrollarse sino cultivando su propio carácter. La sinceridad del Alma española está en la Arrogancia manifestada espontánea y naturalmente, y no en la arrogancia espúrea, artificial impuesta por la política despótica y religiosa. El día en que, vencida al fin la tendencia latini-cartagi-arábica, se imponga el ideal ibérico individualista y republicano; el día en que abandonadas las formas funestas que derivaron de la Arrogancia por la mezcla de la primitiva raza con otros pueblos de parentesco más o menos lejano; se dirija el esfuerzo del pueblo ibérico a conquistar poderío y bienestar por el trabajo y la ilustración, ese día habrá terminado para España la Decadencia y volverá a ser grande y gloriosa en la Historia.

IV

CARACTERES PSICOLÓGICOS DE LOS INDIOS, NEGROS
Y MESTIZOS.

26. — Caracteres del indio americano.
 27. — Rasgos psicológicos del africano.
 28. — Caracteres genéricos de los mestizos hispano-americanos.
 29. — Psicología del mulato y del mestizo indio.
 30. — Disimulo de los caracteres exóticos y tendencia a la homogenización étnica.

26. — El estudio de la psicología del indio americano es muy difícil por varias razones: ante todo, no hay un conocimiento completo y científico de todas las manifestaciones de su sociológica actividad, de aquí que las conclusiones que sobre este punto se sienten sean un tanto empíricas. Y después, existe tal variedad de razas, pueblos e idiomas entre los indígenas, que parece a primera vista imposible que existan rasgos comunes a todos ellos. Sin embargo, si la antropología ha encontrado ciertos caracteres fisiológicos que convienen a todos ellos, esto es, si por su contribución orgánica forman una raza, fuerza es que posean también ciertas cualidades espirituales que nos los presenten también como una raza psíquica.

Y efectivamente, comparando las organizaciones sociales de los aztecas y de los indios—de las que ya hicimos una breve referencia en el capítulo anterior—con las de los pueblos conocidos en el viejo continente, hallamos muchas semejanzas entre los indígenas y los asiáticos, y justo es deducir de esa observación, que parecido fenómeno se dará entre sus respectivos caracteres. Ahora bien, los países asiáticos se distinguen por su resignación ante la suerte, por su pasividad inmensa que los incapacita para la acción y para el ideal, sumiéndolos en un Nirvana suicida; por su fatalismo típico, tan típico que ha hecho surgir un nuevo concepto en el pensamiento y un nuevo nombre en el idioma: *fatalismo oriental* se dice, para aludir a un modo de ser en el cual la creencia en fuerzas desconocidas e invencibles y el consecuente abandono de toda acción creadora, han llegado a sus exagerados extremos. ¿No tendrán los indígenas de América el mismo rasgo psicológico? La constitución social y las costumbres de los Imperios citados, las relaciones de los

viajeros y las observaciones de los historiadores y más hombres de ciencia, están contestando afirmativamente. Existe, pues, entre los indígenas un espíritu fatalista que podemos señalar como uno de sus rasgos psicológicos fundamentales, espíritu fatalista profundo, intenso, extremado, como el del asiático, hasta el punto de que se han hecho corrientes frases como ésta: "Es tan apático y resignado como un indio."

La religión sanguinaria y feroz de los aztecas, sólo se concibe en un pueblo fatalista y supersticioso. Se sabe que el tercero de los reyes aztecas se condenó él mismo a morir en el altar del dios de la guerra con sus principales nobles, para borrar la ofensa que recibiera de su hermano. Un historiador de la conquista de México dice que los naturales confundieron a Hernán Cortés con Quetzathcoatl, y esta circunstancia unida a ciertas señales como la aparición de un cometa, ruidos misteriosos y otros, llevaron al ánimo no sólo del pueblo, sino del mismo Montezuma el convencimiento de que la destrucción del Imperio estaba decretada por las divinidades irritadas. Así se explica cómo le fué posible al conquistador con sus escasas fuerzas someter rápidamente un reino tan extenso y poderoso. La victoria en la batalla final de la conquista mejicana, se la ha narrado en la siguiente forma:.... "peleóse con encarnizamiento hasta que una feliz ocurrencia de Cortés decidió el éxito. Sabiendo que los mejicanos no se consideraban vencidos mientras su estandarte real ondease, junto con algunos capitanes, acometió al que lo llevaba, lo mató de una lanzada y se apoderó del estandarte: los indios al ver tal hazaña huyeron vergonzosamente."

Entre los incas se puede constatar también el mismo pasivismo, igual resignación. El sólo hecho del régimen comunista según el cual estaba organizada la sociedad es una prueba de dicho carácter. El Soberano era dueño no únicamente de los bienes de sus súbditos, sino también de sus personas y de sus sentimientos: podía disponer de la vida de sus súbditos, podía obligarlos a casarse con la persona que él escogiera. ¿Y en qué pueblo que no tenga un profundo y absoluto fatalismo, puede tolerarse semejante despotismo?

Tanto en los indios de la América Central, como en los de Venezuela y el Ecuador y algunos Caribes se ha observado este carácter psicológico del fatalismo; generalizando, puede asegurarse que todos los indígenas de la América Tropical vivieron

y viven como agobiados por la Naturaleza, resignados, apáticos, fatalistas.

Pero en cambio, otros pueblos indígenas no presentan esa pasividad, sino que muy por el contrario, han dado pruebas de valor, de combatividad, de espíritu indomable. Los pieles-rojas, los guaraníes, los araucanos se han hecho famosos por su ferocidad y por su arrojo; no puede decirse de ellos que su cualidad psicológica característica es la pasividad; y por tanto, es preciso buscar otra cualidad, que, conviniendo a todos estos pueblos, venga a completar, por decirlo así, el alma del americano autóctono. Y esta cualidad es la pasión de la venganza.

Podría argüirse que la venganza es una pasión común a todos los pueblos primitivos, y que en consecuencia, no se la puede aceptar como carácter típico de los indios de América. Y aquí cabe recordar uno de los principios que dejamos sentados en la Introducción, por el cual adelantábamos que al afirmar que tal pueblo tiene tal cualidad, no queremos significar que sólo a él pertenece, sino que en él se da con mayor intensidad que en ningún otro pueblo. La venganza es un carácter psicológico de los indígenas americanos, porque ese sentimiento tiene entre ellos un grado de ferocidad que no se encuentra en ningún otro pueblo, por salvaje y primitivo que sea.

Prueba de ese carácter nos lo dan los relatos de los conquistadores y misioneros, muchos de los cuales fueron víctimas de los indios por su ambición o por su ardor evangélico. Entre los documentos que acreditan esta cualidad, talvez ninguno tan elocuente y brillante como a Araucana de Ercilla, sobre todo, en la parte que nos relata la venganza de Leccato, que con duro mazo deshizo el cráneo de Valdivia en los momentos en que el cautivo español suplicaba a Caupolicán: "que no le dé la muerte y que le jura dejar libre la tierra en paz segura." Los dos caracteres fundamentales del alma indígena son pues, el fatalismo y la venganza, lo cual quiere decir que su carácter será o extremadamente resignado y supersticioso, o extremadamente feroz y vengativo. De aquí que podamos comparar dicha alma como una esfera cuyos dos polos son el Fatalismo y la Venganza. Estas cualidades se observan con tal fuerza e intensidad en los indígenas que dominan y observen cualquier tendencia. Consecuencia del fatalismo es la tristeza, rasgo que también ha sido notado por casi todos los exploradores y misioneros. El indio no tiene fiestas, bailes ni diversiones por el sólo placer de la alegría; si alguna vez se divierte lo hace por cumplir algún

rito religioso y como una obligación sagrada. La amistad le es desconocida, y sólo se unen con otro para la caza o para la defensa contra los enemigos. No sabe ni siquiera reír, sus labios jamás se abren para expresar la alegría; a lo más se separan levemente en los ángulos en una mueca silenciosa. Habla siempre en voz baja y sin que varíe la impassibilidad del rostro, el cual nunca da a conocer el estado de ánimo.

Siendo en extremo fatalista o vengativo, y teniendo el espíritu agobiado por una tristeza invencible, el indio es incapaz de ninguna acción grande y elevada. No encuentra eco en él ningún ideal de perfección, ninguna ambición de mejorar, y de aquí que a pesar de los esfuerzos de los misioneros y de los estadistas sigue en el mismo estado de semi-salvajismo, de ignorancia y de idolatría. Esta es la causa por la que el elemento indígena, en aquellas poblaciones donde todavía su número es considerable, constituye un verdadero problema político y social. Sin embargo, ya hemos indicado también que el indio puro tiende a desaparecer, por la disminución de su poder proflifero, por el efecto de la miseria y del alcoholismo, etc., lo cual hace suponer que muy pronto dejarán de tener ninguna importancia sociológica.

En cambio, los mestizos de indio y de español son un elemento preponderante en la sociología hispano-americana, sobre todo en los países tropicales, donde los favorece más el medio físico, y han llegado a formar la porción más considerable del pueblo. En su correspondiente lugar veremos que en el mestizo los tres caracteres psicológicos que acabamos de señalar en el indígena, se transforman en Arrogancia, egolatría, Pereza, criolla y gravedad aparatosa y solemne.

27. — Esas cualidades que acabamos de indicar como típicas en la raza indígena, se comprueban también ampliamente con la condición en que quedó bajo el dominio español. Condición atroz de "cosa," de "instrumento," de riqueza, de algo que puede insensiblemente usarse hasta obtener el mayor provecho, sin preocuparse de si se "gasta" o "destruye." Y no podrá el indio librarse de semejante estado en mérito principalmente de dos razones: por su inferioridad en medios y recursos bélicos que hacía infructífero cualquier intento de rebelión, y por su carácter fatalista y resignado que lo lleva a aceptar el sacrificio en el infierno de las minas o bajo el látigo de sus amos, así como antes moría sin exhalar una queja en aras de las san-

grientas divinidades mejicanas o por la omnífoda voluntad del Inca.

Corroboraba a hacer más desgraciada su condición la ética de los conquistadores que sabemos estimaba el trabajo manual como indigno del hidalgo. Nada hubo por tanto, que atenuara o dulcificara en algo su horrible estado que de cualquier modo llevaba la raza a la esclavitud y a la extinción. Pues si el indio se sometía pacíficamente y renunciaba a la guerra, quedaba constituido en siervo de la gleba, ligado a los encomenderos por la institución de la mita en cuya virtud tenía que contribuir anualmente con dos meses de trabajos forzados; y si se rebelaba o huía, era sometido a tiros o cazado por los mastines adiestrados al efecto y quedaba en la condición de mitayo esclavo al servicio particular de un español. De todos modos fué tratado como un esclavo, y obligado a los trabajos más rudos y extenuantes; de aquí que su número comenzó a disminuir en cantidades enormes.

Tan lamentable era esa condición de los indios, que entre los mismos españoles hubieron muchos corazones nobles que se interesaron por aliviar en algo su suerte. Ya hemos indicado el espíritu de bondad y de justicia, que inspiró las Leyes de Indias, si bien no tuvieron éstas jamás en la Colonia un cumplimiento satisfactorio. A este deseo de aliviar la condición de los indígenas y de remediar en lo posible sus males, responde la aparición del elemento africano en nuestra América. ¿Produjo efectivamente el efecto benéfico que el buen Las Casas esperaba al conseguir de los Reyes Españoles el envío de los negros a las Colonias? Desgraciadamente nó: el indio siguió siendo el esclavo, el eterno expoliado por la codicia y la crueldad de sus señores; y en cambio la aparición del africano en el escenario sociológico de América vino a complicar profundamente el problema racial de las nuevas sociedades, trayendo un nuevo elemento de mestización y de hibridismo.

Y no solamente fué fatal para Hispano-América la venida del elemento africano, sino que también lo fué y lo es para los Estados de Norte América, si bien por motivos diametralmente opuestos. Conocemos ya las distintas conductas que siguieron ingleses y españoles respecto del africano; en tanto que el español no vaciló en cruzar su estirpe europea con las negras hijas del Africa, los primeros cuidaron celosamente de mantener la pureza de su sangre. Esta manera de proceder en las relacio-

nes sexuales va acompañada del correspondiente trato que se dió al africano, en una y otra de las Américas. Entre nosotros dicho trato fué siempre relativamente blando; aún cuando esclavo, el negro se consideró siempre como superior al indio, y apenas independizadas las colonias se decretó su esclavitud abolida, y se le otorgan ya los mismos derechos y consideraciones que a los criollos. Entre los ingleses de Norte América se les dió en cambio, siempre un trato duro y despectivo; se le consideró siempre como una raza inferior y se la dejó así en todo momento al margen del general desarrollo de la sociedad. De lo cual resulta que mientras en Hispano-América, el elemento negro ha sido asimilado al total dinamismo de la sociedad, si bien con perjuicio evidente para la estirpe, en la América sajona han venido viviendo y desarrollándose dentro de un mismo Estado, dos razas que no se han llegado jamás a entenderse ni se han mezclado jamás; dos razas que por las profundas diferencias psíquicas y por el tradicional desprecio que la una profesa a la otra, están sujetas a una lucha perenne sin que pueda vislumbrarse ahora cuál será el resultado de ella.

El odio de los yanquis al elemento africano, ha llegado a un grado tal, que alguien ha propuesto que sean expulsados totalmente a las islas Filipinas. Entre los mismo personajes más representativos de la población de color, existe el convencimiento de que las dos razas no podrán nunca vivir en paz; la conciencia de lo difícil que se les hace la permanencia en un país donde por todos lados se les humilla y denigra; el reconocimiento tácito del Linchamiento de los negros como una institución de justicia popular, contra la cual nada puede el espíritu democrático de la constitución, ni la idea cristiana de la Caridad y amor al prójimo; ni el culto tradicional de los ingleses a los Derechos individuales, da a conocer en toda su inmensa gravedad los terribles aspectos que ha tomado en Norte América la lucha de razas.

Y cabe preguntar aquí, cuál de las dos conductas, la de Hispano-América o la de América sajona ha sido la más acertada. Sin tratar de contestar de un modo definitivo sobre asunto tan complicado de por sí, y cuya solución se haya todavía pendiente por decirlo así, del posterior desarrollo de la Historia, nos limitamos a copiar el siguiente párrafo de una conferencia pronunciada en Estados Unidos por el señor de Oliveira: . . . "Al paso que vuestro país, bajo tantos aspectos el más progresista del globo y en donde los problemas éticos se encaminan ya más a

su regularización, continúa aún ante tal cuestión, aceptando violencias que, vosotros intelectuales y discípulos de los filósofos, sois los primeros en deplorar; nosotros la hemos liquidado del modo más satisfactorio por una fusión en que los elementos inferiores acabarán en breve por desaparecer en el elemento superior. Así cuando entre nosotros no existan más mestizos, cuando la sangre negra o india se haya diluido en la sangre europea, vosotros estareis amenazados de conservar indefinidamente dentro de vuestras fronteras poblaciones irreductibles de color diverso y de sentimientos hostiles. . . . la situación creada por el antagonismo, quiero decir, por la presencia de dos o más razas que no se mezclan, tendrá que recibir un día su desenlace, y el desenlace por el amor es siempre preferible al que es traído por el odio."

Concretándonos ahora a la venida del elemento africano a la América-Hispana, y desde el momento que la población española se mezcló con él, recibiendo por tanto con su aporte de sangre la correspondiente influencia psicológica, veamos qué cualidades caracterizan su carácter, y antes, cual es el valor que tiene esta raza con respecto a la europea, para la civilización de la Humanidad. Pese a cualquier sentimiento de conmiseración la Historia nos está probando de un modo irrefutable que dicha raza con nada o casi nada ha contribuido al desarrollo o progreso de la sociedad; podemos decir que es incapaz de elevarse por sí sola a un grado superior de vida, y que aún llevada a un medio civilizado, su capacidad de adaptación tiene un límite más allá del cual le es imposible avanzar. En Estados Unidos, por ejemplo, los niños africanos demuestran una rara precocidad para el estudio, pero pronto se estancan y son incapaces de desarrollo alguno; en cambio los blancos si bien en su niñez acusan cierta inferioridad mental con respecto a aquéllos, siguen desarrollando su inteligencia en una juventud que se prolonga hasta los 28 o 30 años.

La psicología del africano presenta dos cualidades típicas que son: el servilismo y la infatuación. La primera se explica por un largo pasado de esclavitud, por una vida secular bajo el capricho de déspotas crueles y la influencia de religiones idólatras y sanguinarias. Y la segunda no es sino el reverso de la anterior; la humillación del esclavo cuando débil, se transforma en vanidad cuando fuerte. Aquél que está enseñado a doblar la cerviz ante sus amos, si llega a obtener libertad y poder, abusará de ambos y querrá que lo obedezcan como

déspota y lo adoren como ídolo. El alma del negro es tan servil como fátua; las dos cualidades se dan con la misma intensidad y la misma fuerza. Y esta es una observación tan comprobada y evidente, como la incapacidad de superior elevación espiritual que ya hemos señalado.

28. — Tres son los caracteres genéricos que presentan los mestizos hispano-americanos, a saber: una cierta inarmonía psicológica, una semi-estirilidad y la falta de sentido moral.

El mestizo, como producto de dos razas de parentesco lejano, amalgamadas violentamente, puede considerarse como un ser con doble personalidad, cuyo cerebro está dividido en dos secciones, por decirlo así: una que reproduce el tipo paterno, otra que hace lo mismo respecto del materno. Este fenómeno reflejándose como es natural en la vida consciente del mestizo, da origen a un estado espiritual lleno de saltos, de contradicciones, de crisis más o menos dolorosas y hasta trágicas, a lo que llamamos inarmonía psicológica.

Y no se trata de los cambios progresivos que son consecuencia lógica del desarrollo espiritual en todos los individuos, y en cuya virtud alguien ha dicho que vivimos en un perpetuo descubrimiento de nosotros mismos, pues estos cambios significan evolución ordenada sin perjuicio alguno para la unidad del espíritu y de la personalidad; se trata de variaciones absolutas del carácter, de las creencias, de los principios; variaciones alternadas y bruscas según el orden de tendencias ancestrales que predomine; y por lo que bien podría decirse que el mestizo vive en un continuo asombro de sí mismo. Este fenómeno psicológico se deja sentir con más fuerza en la edad juvenil, por lo que en ella tiene lugar el crecimiento más notable y la formación del individuo. En esa edad están como en una lucha las dos tendencias psicológicas heredadas, predominando por lo general, la correspondiente a las razas inferiores. Luego, en la madurez la oposición se serena, la necesidad de vivir con una sola conciencia triunfa sobre la dualidad originaria, y por lo común la civilización, pone una especie de puente entre sus dos personalidades, permitiéndole adaptarse a la sociedad de acuerdo con las tendencias superiores.

Más, la resolución beneficiosa que acabamos de indicar como término de dicho desequilibrio psicológico se cumple con más frecuencia entre los mulatos que entre los mestizos de indio y español. La juventud del mulato, — se ha dicho — es negra y su madurescencia blanca. En cambio los

mestizos indo-hispánicos generalmente terminan en la miseria fisiológica y espiritual, siendo muy raros los que logran adaptarse al medio y aún más, los que llegan a sobresalir. La razón de esto estriba en la mayor diferencia de raza que existe entre el hispánico y el indio que entre aquel y el negro, ya que los primitivos iberos se consideran como procedentes del Norte de Africa.

Para darnos cuenta de lo que significa el segundo de los caracteres enunciados, es preciso primero hacer algunas consideraciones preliminares. En la ciencia Natural existe una ley llamada de Mendel, que en síntesis consiste en establecer que en los híbridos animales y vegetales la producción es alternada, de tipos mixtos y tipos disyuntos, siendo la esterilidad generalmente mayor en los primeros. Ahora bien, ¿puede aplicarse dicha ley a los hombres; y antes, existe una especie humana así como hay una especie zoológica y otra botánica? Creemos que, como la palabra especie tiene un significado relativo, bien puede aplicarse también a los seres humanos. La dificultad estriba en saber cuando es que las diversas razas pertenecen a diversas especies y cuando corresponden sólo a diversas variedades. La raza amarilla por ejemplo, tiene tan notables diferencias antropológicas con la raza blanca, que es fundado suponer que desde el período cuaternario se desarrollaron sin contacto alguno. De considerarse dichas dos razas como simples variedades, forzoso será añadir que son variedades que tienden a especies. En cambio, la raza negra no tiene una diferencia tan profunda con la blanca, lo cual explica los contactos habidos entre las dos razas en los tiempos históricos. De afirmarse por tanto, que cada una de las razas primarias constituye una especie, sería preciso convenir respecto de estas dos últimas, que son especies que tienden a variedades.

En resumen, de un modo absoluto no se puede concluir asegurando si en el cruzamiento de las varias razas humanas existe o no hibridismo; resultando de todo esto, que si existe esterilidad entre los mestizos hispano-americanos, es una esterilidad rara; en efecto, las estadísticas demuestran que los mestizos son prolíficos en sumo grado.

Y ahora sí, con estos antecedentes podemos explicar lo que significa la semi-esterilidad degenerativa del mestizo hispano-americano. Son muy prolíficos acabamos de decir, porque por lo general el cruce tiende a reproducir un tipo puro, bien sea europeo, bien el de color: esta condición es importan-

tísima porque significa que una de las razas predomina en el producto, esto es, que el hibridismo tiende a desaparecer. Pero sucede que a veces, la hibridez no desaparece, que de la unión resulta un tipo mixto, y entonces con el repetido cruce entre híbridos, la degeneración se presenta fatalmente, hasta que los nuevos representantes de la especie se encuentran incapaces para la reproducción. Y los mismos datos estadísticos si bien por lo general acusan un poder prolífero elevado en la población hispano-americana, señalan también un notable porcentaje de individuos incapaces para la propagación de la especie.

Podría objetarse a esto, diciendo que en el viejo continente también se han producido mezclas de razas diversísimas y que sin embargo no han traído como consecuencia degeneración ni esterilidad; y que no había razón para asegurar que un mismo fenómeno conlleva en América efectos que no se han dado en otras regiones. A esto contestamos diciendo: en primer lugar, las mestizaciones y cruces de las razas en el viejo continente pudo haberse llevado a cabo en una época tan remota, que no ha quedado memoria de los efectos de degeneración y esterilidad que en proporciones más o menos intensas es probable les acompañaran. Y en segundo lugar, el caso de América es único por lo violenta y artificial que resultó la mestización. En Europa, Africa y Asia el cruce de las razas es la consecuencia de expansiones o migraciones naturales y se lleva a cabo después de la correspondiente adaptación al medio geográfico. En América no, la venida de los españoles y su mestización con los indígenas fué brusca y rápida sin acomodación ni adaptaciones previas; y en cuanto a la intervención y mezcla del elemento africano no pudo ser más violenta. De aquí que, aún cuando en una y otra parte de la tierra se trata de un mismo fenómeno, las circunstancias excepcionales que tuvo en América le imprimen un rasgo excepcional también, que lo diferencia de los otros mestizajes. Y pues que la unión fué artificial, contra lo natural y corriente, la Naturaleza, a cuyas leyes no se puede faltar impunemente, se venga ahora aumentando el número de los degenerados e incapaces para la reproducción.

Empero, repetimos nuevamente, que la regla general es la tendencia a la producción de un tipo puro, y en este caso sea cualquiera la raza predominante, el mestizo es fecundísimo. El fenómeno indicado de la semi-esterilidad es una caracteris-

tica del mestizo americano por producirse entre nosotros el tipo degenerado con más frecuencia que en cualquier otro lugar.

Y pasamos al tercero de los caracteres enunciados: la falta de sentido moral. El Cristianismo es una herencia secular en las naciones europeas. El europeo nace con una aptitud especial para distinguir lo bueno de lo malo, llámese esa aptitud o facultad datos de la conciencia, ideas innatas, imperativos categóricos, o como se quiera. Tantos siglos de ascendencia cristiana han determinado dicha facultad en el europeo, de tal modo que sólo en el hombre anormal o enfermo puede faltar una moral cristiana intuitiva. En los pueblos asiáticos puede decirse que se realiza el mismo fenómeno, dada la gran semejanza que el Budismo tiene con la religión de Cristo. Pero en América y en Africa no sucede lo mismo. Sus poblaciones carecen de dicha ascendencia cristiana, por lo cual tanto en los indígenas, como en los negros y mestizos se nota la ausencia de eso que en Europa se llama sentido moral.

Muy notable es este carácter distintivo en lo que se refiere a la Probidad y a la Temperancia, partes tal vez las más importantes de la moral. Y tan notable, que la falta de Probidad se conciben como un rasgo característico de la política hispano-americana, y el porcentaje de los nacimientos de hijos ilegítimos excede en mucho a la correspondiente medida europea.

29. —El mulato es una complicada amalgama del genio español y del africano: del primero tiene principalmente la arrogancia si bien deformada y poliforme; del segundo la infatuación cacical. Pocas serán las cualidades malas que no se encuentren en él: es amigo de la ostentación, irritable, veleidoso, falto de valor, adulador, traicionero, parásito-oportunista, simulador del talento, etc.

La conciencia del odio y desprecio que inspira a los blancos le hace en primer lugar, odiar y despreciar también la tradición en la que el prejuicio contra su raza encuentra el más fuerte sostén. De aquí que sea esencialmente innovador en todos los ramos de la inteligencia y de la actividad. En segundo lugar, le hace maleable, adulador, hipócrita. Se sabe despreciado y quiere valerse del halago servil para ganar la confianza de los blancos, y una vez conseguido esto, vender a su protector, traicionarlo, vengarse en él del odio contra su raza. Carece absolutamente de energía y sin embargo tiene una enorme ambición de gloria y poderío. Ninguna obra que signifique constancia y

valor saldrá de sus manos. La dificultad inicial no le arredra y es capaz de comenzar las empresas más difíciles, pero no tiene la facultad de continuar en sus propósitos porque carece de perseverancia.

Cobarde por temperamento sabe orillar todos los peligros, plegándose como la serpiente, para erguirse triunfante cuando cree llegado el momento favorable, pues "como la mujer, como el demonio mismo" es "fuerte de grado y débil por fuerza." Vive eternamente devorado por la envidia y se haya resuelto a echar mano de todos los medios a su alcance, para deslumbrar a los demás con sus vanidosas apariencias. La Política se presta admirablemente al desarrollo de sus siniestras tendencias, y en ella aparece siempre como un parásito social, que no desaprovechará oportunidad alguna para elevarse a los cargos de importancia más elevados y mejor remunerados.

Es por lo general, poco prolífico, de modo que ni los consue-los del hogar pueden atenuar en algo lo agrio y siniestro de su vida. Ni sus mismos hermanos de sangre se escapan de los ataques de su odio: el peor enemigo del mulato es el mismo mulato que logra encumbrarse sobre sus congéneres.

Una de sus habilidades más peligrosas es la de saber simular el talento; de temperamento ardiente es rápido para recordar y locuaz en exceso, cualidades ambas que le permiten engañar a la mayoría de las personas que por lo común no cuentan con la ilustración necesaria para distinguir el verdadero valer del superficial.

En el mestizo indio la avaricia adquisitiva de los españoles se exalta e intensifica hasta el extremo. Si el ancestral fatalismo se torna en una inmensa apatía en el mestizo, su ferocidad al reforzar dicha cualidad de los españoles, lo convierte en el pícaro más peligroso de la sociedad. La rapacidad, la pasión incurable por el robo, constituye el rasgo más distintivo del mestizo indio.

30. — A los tres caracteres genéricos que como dijimos, presentan los hispanos-americanos, puede añadirse otro rasgo fundamental, y es el *disimulo de los caracteres exóticos y la tendencia a la homogenización étnica*.

Enseñan los antropólogos que el medio ambiente influye en las razas inmigrantes dándoles caracteres comunes que recuerdan los de las razas autóctonas, aún cuando no se haya verificado mezcla alguna con éstas. Así por ejemplo, en Norte América, donde sabemos se ha conservado intacta la pureza de la san-

gre sajona, se está realizando un fenómeno que algunos sabios califican de creación de una nueva raza norte-americana. Por el color de su tez, por la forma rectangular de la barba, por la largura de las piernas y de los brazos, el actual yanqui se diferencia cada vez más del inglés acercándose al tipo antropológico de los primitivos habitantes de esa región americana. En el concepto de Carpenter, abandonado a sí mismo se convertirá en piel roja.

En Hispano-América influye también el medio físico sobre los mestizos, si bien al lado de ella actúa preponderantemente la mezcla de las razas. Los alimentos, el clima y otras circunstancias naturales imprimen rasgos comunes a todos los habitantes de América, al extremo de que, para el que no tiene los conocimientos científicos necesarios, resulta poco menos que imposible determinar en un individuo su ascendencia indígena o africana, cuando la sangre de estas razas entra en proporción relativamente pequeña. Y en cuanto a los europeos que vienen a América, a pesar de que conservan pura su sangre, en la primera descendencia acusan ya una transformación que los va adaptando al tipo medio americano; transformación que se completa a la segunda o tercera generación.

El fenómeno en sí no tendría gran importancia si el resultado final de la homogenización fuera favorable para la nueva raza, como sucede en Estados Unidos. Más, parece que, hasta ahora, la transformación acusa un tipo degenerativo en Hispano América, salvo ciertos países situados en las zonas templadas y frías, en los cuales la transformación no es muy notable. Decimos hasta ahora, porque creemos que toda degeneración es relativa y transitoria, y el progreso realizado por los países hispano-americanos en los años que llevan de vida independiente, es una prueba de que su inferioridad con respecto a las naciones europeas, es sólo una consecuencia lógica de su pasado colonial y de su agitado y violento proceso de formación sociológica. Cuando la inter-dependencia espiritual nivele la cultura hispano-americana con la de las naciones más civilizadas, cuando asentadas sobre firmes bases se regularice la economía de nuestros países normalizándose por lo mismo su actividad política y moral, cuando la sangre hispánica y europea en general haya batido suficientemente la negra e indígena, y formado en definitiva un sólido sedimento hereditario en las correspondientes poblaciones, entonces la época de degeneración habrá terminado, y será una realidad el futuro glorioso y brillante en el que toda Hispano-América confía y espera.

V

PSICOLOGÍA DE LOS HISPANO-AMERICANOS.

31. — El ambiente colonial.
32. — Las tres cualidades fundamentales.
33. — La pereza criolla.
34. — La mentira criolla.
35. — La pereza criolla en la literatura.
36. — La tristeza criolla.
37. — La arrogancia criolla.
38. — Formas de la arrogancia criolla.
39. — Supremacía de la pereza sobre la tristeza y la arrogancia.
40. — Correlación.
41. — Consecuencias trascendentales de la pereza criolla.

31. — El estudio de los factores étnicos componentes de las sociedades hispano-americanas, nos ha dado a conocer la herencia social y psicológica que ellos nos legaron. La influencia de esta herencia unida a la del ambiente social y moral de la Colonia en el cual vivió y se desarrolló el criollo, son las raíces de su psicología. Por tanto, nos falta hacer una ligera referencia sobre dicho ambiente, para entonces sí, apreciado en todos sus aspectos el complicado conjunto de causas que han actuado en el delineamiento de nuestra psicología, pasar en lógica derivación, al estudio de ésta.

Cuatro son las principales faces en la que se aprecia más notablemente la influencia del ambiente colonial, a saber: la filosófica, la religiosa, la política y la económica; influencias cuyo efecto perjudicial resalta con mayores relieves si se la compara con la que produjera en Norte América, el sistema seguido por Inglaterra.

Comenzando por lo que la doctrina filosófica se refiere, la vida de América tenía que ser forzosamente el reflejo de las ideas predominantes en la Metrópoli. Recordemos que ésta era la España absolutista y católica de los Austrias y de la Inquisición, y nos explicaremos el que en sus colonias no tuviera cabida otra filosofía que la teológica y casuista. En cambio, en Norte América las ideas se inspiraron en Hobbes y Bentham cuyo utilitarismo refleja tan fielmente el espíritu práctico de los ingleses.

Como una reacción natural contra ese espíritu retardatario

que informa el pensamiento en la época de la Colonia se produjo la reacción entusiasta y apasionada de los hispano-americanos en favor de la doctrina romántica del Neo-humanismo del siglo XVIII, filosofía que fué una de las causas más eficientes de la Independencia americana; en la que se inspiraron los guerreros y estadistas que fundaron las nuevas Repúblicas. De acuerdo con este nuevo espíritu filosófico todas las jóvenes democracias se apresuraron a decretar la abolición de la esclavitud, mientras que Norte América a pesar de su cultura superior, conservó esa institución, aún después que en la misma práctica Inglaterra se había abolido, necesitándose nada menos que la sangrienta guerra de secesión para que pudiera conseguir su objeto el partido anti-esclavócrata. Y es de notar que el sentimiento que impulsó a hispano-americanos y anglo-americanos a dar ese paso fué muy diverso: entre los primeros se cumplió con ellos una exigencia ideológica, un deber de conciencia; entre los segundos, se atendió principalmente a la conveniencia económica, a la utilidad que reportaría para la producción general, la abolición de la esclavitud.

En cuanto a la face religiosa el ambiente colonial fué el del más absoluto catolicismo: del cual derivaba la tiranía más completa de la conciencia y la uniformidad forzada del pensamiento y del sentir. En cambio, los inmigrantes ingleses que vinieron a Norte América abandonaron su patria precisamente por conservar la libertad de conciencia, por buscar un espacio sobre la tierra donde poder tener libremente sus creencias y manifestar sin obstáculos su culto. El protestantismo establece la libre interpretación de los textos sagrados, cuya consecuencia directa es la recia aplicación del sistema democrático en política. El catolicismo absoluto prohibiendo toda interpretación de la Biblia, y hasta su simple lectura en lengua vulgar, contribuyó al sostenimiento del Poder despótico de la Corona, y más tarde, a la farsa política de las democracias hispano-americanas que sólo existen en la letra de las Constituciones.

La face política del ambiente colonial puede resumirse en una palabra: América no fué sino un feudo de la Corona, feudo que ésta podía explotar en la forma que mejor le conviniera. Lo primero que hicieron los Reyes Católicos fué otorgarse la soberanía absoluta de las tierras descubiertas, y como las guerras civiles e internacionales vaciaban continuamente las arcas del Tesoro, gobernaron las Colonias gastando lo menos posible y obteniendo de ellas el mayor rendimiento.

El medio adecuado para ello era la centralización más absoluta, y de aquí que, mientras las Colonias inglesas gozaron de una relativa autonomía en el nombramiento de los funcionarios públicos, las españolas eran gobernadas por Virreyes, Adelantados, Intendentes, Oidores, etc., etc., todos nombrados directamente por los Reyes y el Concejo de Indias. Sólo algunos miembros de los Cabildos fueron electivos primero, pero luego dependieron también de la sola voluntad del Monarca.

Este sistema de colonización bajo un régimen despótico y absolutista fué agravado por la ambición insaciable y sin escrúpulos de la Corona, que no satisfecha con la expoliación de las tierras y de la raza vencida, recurrió al expediente de vender los cargos públicos haciendo también del Gobierno un objeto de lucro. Funesta conducta, cuya influencia repercute aún, a través de cuatro siglos, en la política hispano-americana, constituyendo uno de los antecedentes principales, de "los gobiernos de sangre y rapiña," de los "cohechos" de los "negociados," de la falta de probidad en suma, que caracteriza el manejo de la cosa pública en nuestros países.

Un sistema político de tal naturaleza tenía que conllevar un apropiado sistema económico: España implantó en sus colonias el régimen del Monopolio. Ningún país del nuevo continente podía comerciar con otra Nación que no fuera la Metrópoli; y para asegurar aún más este monopolio y por el deseo de concentrar en lo posible la explotación de las Indias, se designó una sola ciudad española para realizar el comercio con ellas: primero, Sevilla, y luego Cádiz, gozaron de este privilegio. Todos los años salía una vez del puerto español la flota que debía conducir hasta Panamá las mercaderías, y volver trayendo los productos de la Colonia; flota que era escoltada por naves de guerra para ponerla a cubierto de los ataques de los piratas que entonces merodeaban frecuentemente por el Pacífico. Y como esta era la única vía por la que se surtía toda la América Hispánica y enviaba sus productos, el encarecimiento y la pobreza que sufrían las Colonias eran inmensos. También contrasta en esta face, la orientación seguida por los ingleses en Norte América. Otorgaron amplia libertad a sus colonias, para que pudieran comerciar con cualquier país, reservándose únicamente ciertas ventajas, como la de que los productos que enviaba la Colonia o que a ésta venían desde la Metrópoli no podían conducirse sino en barcos ingleses, lo cual si se tiene en cuenta el poderío naval de Inglaterra no constituía una rémora. Anglo-América

tuvo pues, desde el comienzo de su vida, bastante libertad para desenvolver tranquilamente su comercio y su agricultura, en tanto que Hispano-América vivió encerrada y como anquilosada por el régimen de explotación y monopolio que le impuso España.

Consecuencia inevitable de ese régimen económico fué el contrabando. Las necesidades de la vida tienden a satisfacerse por cualesquier medios, y cuando se les niega los naturales, forzosamente buscan los artificiales o ilícitos. Tal sucedió con las necesidades de los Colonos; no pudiendo hallar su espontáneo alivio en el libre comercio, hecharan mano del recurso de comprar lo que deseaban y vender sus productos secretamente a otras naciones, como Holanda, Inglaterra, Francia, burlando así el monopolio impuesto por la Metrópoli, a pesar de que las contravenciones a este régimen estaban penadas con la confiscación de bienes, y hasta con la muerte. Pero es que la situación de las Colonias llegó en ocasiones a ser desesperada. Al absurdo del Monopolio y de la flota *anual* única de Cadiz a Panamá, es preciso añadir que España en su codicia insaciable, no enviaba a América la cantidad de monedas necesarias, de modo que habiendo siempre carestía de este artículo, la moneda tenía en las colonias un valor superior al corriente en la península, resultando de esto que la explotación no solamente se verificaba acaparando todos los productos y tomándolos a un precio inferior al verdadero, sino también pagándolos con monedas que valían más en virtud de la escasez.

De esta ligera ojeada sobre el ambiente social de la Colonia, deducimos en definitiva, que al independizarse Hispano-América de España, la sociedad carecía de la educación positiva necesaria para emprender con éxito en la aplicación y desarrollo de sistemas superiores de Gobierno; que su moralidad sujeta férreamente a la disciplina religiosa era no solamente medioeval sino hasta primitiva; que su pobreza material la predisponía a toda clase de abusos y desórdenes; y en suma, que todas las múltiples manifestaciones de este ambiente eran otras tantas fuerzas que se unían a la herencia funesta de las razas indígenas y africanas, llenando de espesas y oscuras sombras, el alma del criollo.

32. — De una herencia étnica tan peregrinamente complicada como es la del criollo americano, de un ambiente tan lleno de adversos antecedentes como el que acabamos de esbozar, resulta una psicología tan rara e indeterminada, que es muy difi-

cil distinguir de una manera absoluta y definitiva, las manifestaciones típicas que la caracterizan y constituyen. Se explica esta especie de caos psicológico en que se halla el carácter hispano-americano, por el período de evolución sociológica que atraviesa Hispano-América. Todos nuestros países están recién formándose, integrándose, luchando por conseguir su estabilidad material y espiritual, y en este estado es cuando se cumplen las premisas spencerianas de las leyes de la evolución: predomina el caos de lo "homogéneo" que tiende a disgregarse y diversificarse. Una psicología definitiva no podrá esbozarse hasta tanto que ese período de formación haya terminado; por ahora, sólo se puede estudiar los rasgos que *transitoriamente* tipifican nuestra sociedad; rasgos tanto más incongruentes cuanto que a manifestaciones psíquicas puramente criollas, únicamente nuestras, se les da nombres europeos que convienen a una realidad muy diversa: se llaman "buen gusto" y "belleza", a abigarramiento de forma y colores de estéticas típicamente africana; "lealtad" cívica" al servilismo; "viveza" a la indelicadeza y fanfarronería; "tontería" a la ingenuidad y buena fé, etc.

Pero las cualidades fundamentales que en el actual estado confuso e indeterminado de Hispano-América resaltan como inmovibles columnas de piedra que sostienen el genio de la raza, son: La Pereza, la Tristeza y la Arrogancia.

33.—La desidia ancestral de la raza conquistadora reforzada por la apatía de los aborígenes; favorecida indirectamente por la traída de los esclavos africanos; aumentada y conservada por un medio ambiente propicio a la indolencia, ha traído como consecuencia final nuestra característica pereza, la clásica pereza criolla.

Consiste la pereza criolla en una absoluta falta de actividad, tanto física como psíquica. No se trata pues, de la pereza para las cosas serias, del empleo de la actividad en cosas ociosas que distingue a la pereza europea; tampoco es únicamente la pereza corporal de un espíritu que trabaja forjando bellas quimeras o sutiles teorías; se trata de una inactividad completa, de una inacción absoluta, para las labores útiles y para las meramente placenteras; para el movimiento físico como para el movimiento mental.

Elocuente es el ejemplo del gaucho a quien Darwin exhortara a trabajar y que respondió: "¡Es tan largo el día!" como diciendo: "Dejemos todo para mañana, para la semana que viene, para más adelante, tiempo nos sobra." Un vividor europeo

hubiera contestado lo contrario: "¡Es tan corto el día!" "Tan corta la juventud, tan corta la vida, que hay que aprovecharla; divirtiéndose como se pueda!" El europeo tiene una pereza parcial, el hispano-americano está enfermo de pereza total.

Y lo más grave de esta cualidad estriba en que su influencia se extiende a todas las ramas de la actividad, a todas las direcciones del pensamiento: nada se escapa a su efecto enervante y fatal: lenguaje, ideales, ciencias, letras, industria, sociabilidad, política, todo, todo lo abarca. De aquí que entre nosotros, iniciativa, voluntad firme, energía, labor continuada y perseverante, orden y método sean fórmulas poco menos que desconocidas. Somos amigos de dejarlo todo para después, y cuando al fin nos resolvemos a hacer algo, lo hacemos atropelladamente sin plan ni preparación alguna.

En el lenguaje y en la pronunciación hemos aplicado hasta la exageración la ley del menor esfuerzo. El español ha simplificado bastante el idioma, cambiando las letras difíciles de pronunciación antigua por otras más fáciles. Así de *vota* ha hecho *bota*; de *rete*, *red*, cambiando la *t* en *d*; de *baxo*, *bajo*, cambiando la *x* en *j*; etc., etc. El criollo simplifica aún más este lenguaje ya simplificado; suprime casi siempre en la pronunciación las *s* finales, le quita su sonido silbante; y en cuanto a la ortografía se innova ésta con una fiebre africana que lleva a los resultados más absurdos. Hay quien no usa los puntos finales, y en su lugar pone punto y coma; otros prodigan las mayúsculas como ridículos tonos de exhibicionismo; otros en fin, la suprimen hasta en el nombre y apellido de sus firmas.

En la vida del pensamiento faltan ideales, porque no pueden llamarse de tal, el cúmulo de proyectos que a diario se pregonan en periódicos, en conferencias, discursos y conversaciones. Si solamente radicara en la palabra la virtud progresista del Ideal, reivindicaríamos para nosotros, sin que nadie pudiera disputárnoslo, el cetro del Progreso. La verbosidad de los españoles se ha multiplicado en el criollo agravando sus características de vaciedad y decadentismo. Fáciles para prometer a los demás y para prometernos a nosotros mismos, somos incapaces de cumplir. Nos apasionamos intensamente por conseguir algún noble objetivo; pero no bien hemos aplicado nuestro esfuerzo a él, otro anhelo nos solicita con fuerza irresistible y carecemos de la firmeza necesaria para alcanzar ninguno. Un ideal que no se practica, no es Ideal; es producto de una imaginación afiebrada y voluble; es un devaneo inútil y

extenuante. La acción es lo que realiza nuestro espíritu, lo que hace valer nuestros ideales; y el criollo, banquero de palabras, resulta mendigo de la acción.

Todos los vicios de la política hispano-americana tienen su aplicación en la pereza colectiva: el pueblo, la masa de la población, con su indiferencia, con su dejadez, primero para ilustrarse, luego para defender sus derechos, es el principal culpable de los abusos de los gobernantes, de la farsa republicana. Igual cosa podría decirse de la administración de justicia cuya imperfecta aplicación tiene su origen en la indolencia de los jueces y de las partes.

Dos formas pueden distinguirse en la pereza criolla: una completa e indiscutible, otra parcial y discutible. La primera es la absoluta inacción que acabamos de describir, la segunda consiste en la falta de disciplina, método e higiene en el trabajo que lo hacen desordenado y agotador. Si de aquélla son pocas las excepciones que se pueda señalar; de ésta son contadas. Para el hispano-americano es más difícil poner orden y método a su trabajo que realizar un esfuerzo contra su clásica pereza. Ordenar nuestro propio esfuerzo es una forma elevada de trabajo; y viceversa, ser incapaz de metodizar nuestra labor es la más elevada manifestación de la pereza. Si por lo general carecemos de energía para toda acción, en mayor grado nos falta para imprimir a nuestra acción la proporcionalidad debida.

La curva de suave y graciosa ondulación de que nos habla Rodó, brindándonos con ella el esquema de una vida que se manifiesta en actividad bien ordenada, a pocos, muy pocos hispano-americanos podría aplicarse. En cambio tendría general aplicación, la línea de zig-zag de rasgos violentos y desiguales.

Consecuencia de esta forma de pereza es el desconcierto, el abandono de la empresa comenzada, la poca resistencia a las dificultades que se presentan. No habiendo disciplinado bien la acción, pronto se agota el esfuerzo, se debilitan los nervios por el exceso de trabajo que deja acumular la falta de previsión, y sobreviene el renunciamiento doloroso y humillante, que aparte del mal que en sí mismo contiene por el fracaso que significa, resta la confianza y la fé en sí mismo, tan necesaria para el éxito de las nuevas labores en que se emprenda. Tenemos entonces que, la Pereza criolla anula las energías de las personas incapacitándolas para el trabajo, y malogra las fuerzas de los emprendedores haciéndolos trabajar mal.

34.—Una de las formas que en su universalidad toma la pereza criolla es la mentira criolla. Así como la pereza nuestra se distingue de la europea, la mentira hispano-americana se distingue de la europea, y hasta podría decirse que es su antagónica. Dos elementos forman la mentira criolla: la exageración tartarinesca y morbosa de la raza conquistadora y la falta de precisión que caracterizan nuestros conceptos; el "poco más o menos" conque orillamos toda ignorancia o dificultad.

La mentira europea sobre todo cuando llega a sus más puras formas, es una Ficción del Ideal, para elevarse sobre la realidad siempre incompleta; es por tanto, un esfuerzo del alma para crearse un mundo falso sí; pero bello y perfecto en su artificialidad. La de nosotros es el triunfo de la inacción, se miente, porque encontrar y decir la verdad demanda trabajo; porque la sinceridad implica una lucha libertadora contra el error y la ignorancia, y somos incapaces de toda lucha.

No desconocemos pues que hay mentiras bellas que implican actividad y no pereza; que hay "mentiras convencionales" que es preciso aceptar y hasta usar, pero la mentira criolla no es ni un esfuerzo del Arte ni un producto de la prudencia; es la consecuencia directa de nuestra clásica pereza, el dejar-fingir, hijo del dejar-hacer.

"Los términos más típicos que ha inventado el ingenio hispano-americano son estos dos neologismos argentinos y sus derivados: atorrar y macanear. Atorrar es el movimiento de la pereza criolla; macanear, la palabra de la pereza criolla. Atorrar significa vagar y descansar sin rumbo y sin objeto, alternativamente, no para hacer ejercicio y reponerse, sino para proporcionarse el placer de la quietud y del movimiento al acaso; "macanear" quiere decir disertar mintiendo a la criolla, es decir tartarineando y equivocándose en el poco más o menos a un mismo tiempo. Estos términos no pueden confundirse con los vocablos españoles vagar y divagar, cuyo significado es muy diverso."

35.—*La pereza criolla en la Literatura.*—Reflejase la pereza criolla en la literatura hispano-americana haciéndola inconsistente y superficial. Lo primero, porque toda ella es producto de influencias extranjeras y no el resultado de un estudio profundo y concienzudo del propio ambiente social; lo segundo, porque se prefieren siempre los géneros ligeros, fáciles, donde la imaginación y el juego de palabras tienen el principal papel.

rehuyendo todo lo que signifique preparación larga y científica, creación espiritual, fecunda y seria.

En el género poético se escoje por lo general la lírica, y llevados tal vez por la hiperestesia de la aspirabilidad, se adhieren los jóvenes criollos a la última escuela literaria a la moda en Europa; así, en la actualidad el decadentismo y el ultra-impresionismo hacen furor en Hispano-América, siendo de notar que algunos de los directores del movimiento, porta-estandartes de la nueva escuela, como se titulan, se hallan en graves aprietos cuando se les demanda la interpretación y significado de sus propias producciones.

La novela corta se ha cultivado algo, pero el teatro casi no cuenta en la producción literaria de nuestros países.

En el terreno científico el ambiente es todavía más lamentable: contados son los que se dedican a investigaciones pacientes y árduns.

Tenemos por la ciencia la misma repugnancia que los españoles de la época de la Decadencia; todo lo que no reporte una utilidad inmediata y rápida y sea clara y fácilmente comprendido, nos aburre sobremanera. De aquí que, en lo referente a obras filosóficas no se pueda encontrar ni la muestra. Sin embargo, en los últimos años, los estudios sociológicos han despertado bastante interés en algunos países de Hispano-América. En la Argentina, Chile, Méjico, Venezuela, se han publicado notables obras de Sociología Americana. Así mismo, el género didáctico ha sido cultivado con relativo éxito.

Este estado de la Literatura criolla no se debe únicamente a la dejadez de los autores, es una consecuencia directa de la pereza colectiva, del conglomerado total enfermo de desidia que no resiste otra clase de literatura. Hemos oído tildar a Adolfo Posada de pesado y difuso, y esto por individuos pertenecientes a la clase intelectual universitaria.

"Quieren los hispano-americanos como los dispépticos, alimentos livianos, fáciles y frívolos, y a veces como los paladares estragados, piden también picantes condimentos. . . ." De aquí que, si algún escritor se encuentra animado a hacer una obra verdaderamente científica y profunda, se sentirá como extraño a la sociedad en que vive, le faltará esa comunión íntima que debe existir entre el hombre que piensa y escribe, y el medio en que vive; no encontrará público que pueda leerlo ni sepa apreciarlo.

La pereza criolla, así como incapacita para el trabajo y para la ordenación e higiene del mismo, impide también que las Ciencias y las Artes realicen una labor honda y maciza. El juicio de Gannivet sobre el mal de España contemporánea, puede aplicarse perfectamente a nuestros pueblos: "El mal que sufrimos es el mal de no querer: abulia, debilidad, extenuación de la voluntad." "Nuestro genio parece cansado". . . . "parece falto de originalidad porque ha perdido toda fé en sus mismas ideas creadoras, y busca en el exterior lo que en sí encontraría si supiera reconcentrarse."

36.—*La tristeza criolla.*—Los pueblos hispano-americanos no pueden ser alegres. Ni la herencia étnica, ni el ambiente colonial ha sido favorable a la alegría. Ya hemos visto al estudiar la psicología de los indígenas que uno de los rasgos fundamentales es la tristeza. En aquellos pueblos como los pieles rojas, guaraníes, araucanos, en que la pasión por la venganza es predominante, también se observa la falta de fiestas y diversiones: su ferocidad era en extremo sombría. Respecto a los españoles, el despotismo político y religioso los hizo aparentemente sumisos, y la miseria económica unida a la miseria moral que produjo la Inquisición, impregnó de tristeza su carácter, tristeza que la arrogancia hispánica se esfuerza en disfrazar con una alegría ficticia, sin lograr otra cosa que transformarla en un sentimiento lleno de contradicciones y excentricidades, que es lo que ha contribuído quizás a darle esa falsa fama de alegre de que goza la población española. En cuanto a los africanos si bien en su terruño, en la Hotentocia y la Cafrería, eran pueblos alegres, no lo podían ser igualmente esclavizados en América y tratados como cosas.

El barómetro que marca el grado de alegría o tristeza de un pueblo es la Libertad. La alegría es un sentimiento eminentemente social, y donde la tiranía impera, la sociabilidad se restringe. Por eso los griegos fueron el pueblo más alegre de la antigüedad, al extremo de ser comparados con los niños; y por eso el español de hoy, agobiado por tantos siglos de despotismo, es triste en contraposición al francés o al inglés, cuyo carácter sutil y espiritualmente jovial en el primero, de una alegría sana y reposada en el segundo, es el reflejo de la constitución liberal realmente vivida, de sus países.

Las tribus nómadas, que formaban la mayoría de los pueblos aborígenes, con una organización social rudimentaria, que

por lo general no pasó de la face del matriarcado y del régimen comunista, no eran propicios al desarrollo de la sociabilidad, y por ende, de la alegría. Méjico con su religión de "dioses carniceros alimentados por sacerdotes verdugos" era un pueblo resignado y fatalista; y en el Imperio de los Incas la individualidad de los hombres había sido absorbida por completo bajo el régimen autocrático socialista.

La conquista, sumiendo a los aborígenes en la esclavitud, cazándolos a sangre y fuego y haciéndolos trabajar bajo el látigo, dió nuevos tintes, funestos y sombríos, a esa tristeza ancestral. Por eso hoy, "la tristeza, una tristeza que se exhala en ráfagas perdidas, sobre un fondo de insensibilidad y como de hechizamiento, es el pozo del alma del indio" "el implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante."

De los tres elementos étnicos de Hispano-América, el único que contrarresta en algo esa herencia de tristeza es el africano, pues en primer lugar, el trato que recibiera en la Colonia no fué tan duro como el recibido por los indígenas, y en segundo lugar, su capacidad de adaptación lo hizo acomodarse pronto a las exigencias del medio, de modo que en las nuevas Repúblicas lo encontramos incorporado a la masa de la población. "En los tiempos de las más ingratas tiranías pululan como los hongos en la humedad. Bajo el terror argentino, en la época de Rosas, nadando el país en sangre, solo los negros y mulatos siempre acomodaticios, se divertían en sus clásicas ferias de los arrabales de Buenos Aires, llamados *tambos*, donde tocaban sus rítmicos *camdombes* en tamboriles y bailaban sus *tangos* lentos y voluptuosos." Sin embargo, esta influencia africana no se deja sentir gran cosa en el carácter hispano-americano, dada la inferioridad que el elemento negro tiene en relación al español y al indígena, en la formación étnica de nuestros pueblos.

En la población rural es donde más se nota esta cualidad psicológica de la tristeza. A ello contribuye, como dice Ingegneros, no solamente la raza, sino la naturaleza monótona y solemne y en ciertos lugares, desolada. De aquí la singular melancolía de que está impregnada la música popular. Los pueblos hispano-americanos no saben alegrarse de un modo franco, sano, inocente, y el mal pasa de los campos a la ciudad. Tanto en las clases bajas como en las más elevadas de nuestras ciudades se observa la misma indiferencia, la misma desidia,

Igual tristeza: parece que un cúmulo de males gravitando sobre el corazón de nuestro pueblo hubiera aplastado para siempre en él, la alegría del vivir. Los jóvenes parecen viejos gastados, no saben beber porque no tienen estómago para el vino; no saben cantar porque no tienen garganta para el canto; no saben reír porque no tienen imaginación para la mujer. No saben amarla tampoco, sólo la desean y por eso la galantería y la delicadeza son cualidades que no brillan en el trato que se da a la mujer criolla.

En cuanto a las llamadas fiestas sociales no son sino ferias donde la vanidad exhibe todas esas miserias y ridiculeces.

Consecuencia de este carácter melancólico de nuestro pueblo es la curiosa transformación semántica que ha sufrido la palabra triste: con ella, el gaucho, el montuvio, el hombre de la campiña, quiere significar torpe, inútil, incapaz. También es consecuencia de dicho carácter el concepto fatalista de los delitos a que la impulsividad hereditaria y la ignorancia lo empujan frecuentemente. Robar, matar para el hombre del campo no es un acto voluntario, es un hecho al que el destino lo ha arrastrado contra su voluntad, es desgraciarse. De aquí que en las canciones populares los criminales y bandidos se ensalzan como héroes o víctimas perseguidas por la Fatalidad.

A esta descripción general de la Tristeza criolla, justo es hacerle algunos reparos. La condición actual de los países hispano-americanos no puede de ningún modo ser equiparada a la época colonial ni a los primeros años de vida autónoma. Aunque la aplicación del sistema democrático es aún muy defectuosa, no es posible dejar de reconocer que la libertad individual ganó con la Independencia y va ganando en las nuevas sociedades a medida que ésta adquiera mayor estabilidad económica y política. Y este progreso se refleja en el carácter del pueblo, principalmente en las ciudades. El habitante de éstas es menos huraño y triste que los campesinos, y aún entre estos últimos los hay bastante comunicativos y joviales. Dice Bunge, que en las provincias agrícolas y de clima templado de la Argentina hay una población extranjera o semi-extranjera que van al trabajo cantando como los clásicos labriegos de Chipre a la vendimia, y que sería de desear que esta excepción sea alguna vez la regla. Yo creo que esta excepción sí no ha dejado ya de serlo, por lo menos no es la única; hemos visto y oído a muchos de nuestros obreros de Guayaquil, no extranjeros ni semi-extranjeros, sino mestizos, trabajar con la cara sonriente del que sien-

te el placer de la acción y a algunos silbar o canturrear frecuentemente en tanto que realizan sus faenas. Nuestro concepto es que el fondo mismo de la tristeza tiende a desaparecer, con las relaciones cada vez más intensas y rápidas establecidas por la civilización moderna entre las ciudades y las naciones; con el avance lento, pero indiscutible que la práctica de los principios republicanos efectúa en la realidad de nuestra vida nacional. El aislamiento de los individuos y de los pueblos se hace cada vez más raro; la sociabilidad se intensifica y con ella surge el entusiasmo y el movimiento social precursores de la alegría sana y espiritual. Cuando la educación y la libertad sean dos bienes de los que verdaderamente gocen nuestros pueblos, desaparecidos entonces la superstición y el egoísmo, que aún ensombrecen el carácter criollo, el renacimiento de la alegría que hoy se esboza en nuestra sociedad si bien de un modo grosero y rudo, se desarrollará en todo su natural esplendor como conviene a una sociedad joven, libre, llamada a un gran Porvenir, y que por tanto no tiene por qué seguir siendo triste.

37. — De sus abuelos blancos heredaron los criollos la clásica arrogancia hispánica; pero por las razones que vamos a ver a continuación, esta Arrogancia tomó en América todos los caracteres de un sentimiento anárquico y disolvente, de una Egoítría exaltada. En España, la Arrogancia llevaba adjunto un principio de cohesión y de armonía: la lealtad caballeresca y la religión manteniendo a los españoles fieles a Dios y a su rey cuya autoridad creían de origen divino, contrastaban la tendencia anárquica del orgullo ibérico; y reforzada esta acción unitaria por la guerra libertadora y religiosa contra los moros, predominó sobre el sentimiento individualista imponiendo la unidad política y de religión. En Hispano-América se perdieron lentamente estos viejos sentimientos clásicos. No había en primer lugar, el antecedente de la tradición cristiana; ya hemos notado en los mestizos la ausencia de sentido moral. En segundo lugar, faltaban también las instituciones feudales arraigadas, generadores de las costumbres caballerescas; y no había tampoco ninguna invasión de extranjeros impíos que impusieran a los pueblos una cruzada religiosa. La arrogancia desprovista entonces de los sentimientos que la moderaran, vino a ser entre los criollos una verdadera idea-fuerza de rebelión y desorden. A ello contribuyó no poco la influencia de la Revolución Francesa: el jacobinismo francés acabó con los restos de lealtad y caballerosidad de la ascestral arrogancia.

Este sentimiento de egolatría, pasión desesperada y violenta por el propio yo, se manifiesta con más fuerza en los mestizos, y sobre todo, en los mulatos. La psicología de estos últimos nos da la clave del fenómeno. La hiperestesia de la aspirabilidad espolea constantemente al mulato con los deseos y las ambiciones más fantásticas; le atormenta siempre con el anhelo de llegar al lado de los que ocupan las clases más elevadas de la sociedad; pero en cambio, su incapacidad irremediable lo imposibilita para toda superior evolución. Nunca podrá llegar hasta donde desea, su enorme sed de bienes y de honores quedará insatisfecha. Entonces, de esta crisis psicológica producida por sus dos cualidades espirituales contradictorias se exaspera y desnaturaliza la arrogancia, transformándose en la envidia más rastrera y venenosa. Y como por la inarmonía psicológica que también le caracteriza, el servilismo africano y la exaltada arrogancia española luchan desesperadamente en su carácter, triunfando, ora la una, ora la otra, el mulato para conseguir un estado más o menos estable y concorde con sus ambiciones, se auto-sugestiona a sí mismo, se hace la idea de que es un ser superior, un super-hombre y sus odios y simpatías irradian de este centro artificial: para el que reconozca su "superioridad" será todo servilismo, adulación y condescendencia, pero para el que no crea en ella o la ponga en duda, será todo furia, maldad y venganza. Sin embargo, la egolatría tiene sus graduaciones según se trate de mulatos superiores, inferiores o mediocres. En los primeros, llegada la edad madura, la tendencia española se sobrepone claramente, llegando a veces la arrogancia a constituir una locura. En los segundos, triunfa el servilismo que les permite conquistar un *modus vivendi* a fuerza de adulos y bajezas. En los últimos, la inarmonía psicológica no desaparece durante la vida, de modo que en ocasiones les inspira el orgullo más intransigente y exagerado, y en otros dan muestras de poseer los sentimientos más serviles y despreciables. Los mestizos mediocres, son por consiguiente, los más peligrosos: en ellos persisten las dos medias-cabezas que constituyen su personalidad sui géneris, y las usan según las circunstancias y sus conveniencias. En ellos la ambición impotente y la envidia feroz se esconden bajo traicionera sonrisa para escoger mejor sus víctimas; en sus pechos palpita con latidos más fuertes que en los mulatos superiores y en los inferiores, el rencor de la raza vencida y el perverso odio de los eunucos.

en Formas graves y Formas leves, según que su perjudicial influencia se deje sentir en la sociedad con más o menos intensidad. Entre las primeras citaremos: el desprecio de la Ley, la envidia, las mistificaciones literarias, el desprecio de la Ley, la tratismo. Entre las segundas cabe citar la arrogancia literaria, el culto del coraje y el *donjuanismo*. Explicaremos rápidamente en lo que consisten.

El desprecio por la ley se deja notar principalmente en las costumbres rurales; la ley entre la gente de la campaña no significa norma necesaria para la vida social, medio imprescindible para conseguir el orden. En sus mentes se presenta como sinónimo de fuerza tiránica, de abuso de los grandes, de expoliación de los poderosos, contra los cuales es preciso rebelarse, es honroso combatir. De aquí que violar la ley o evitar de algún modo su cumplimiento es considerado como una acción meritoria, propia de hombres. En la ciudad es menos intensa esta forma de la Arrogancia criolla, no porque en ella sea la ley más comprendida y venerada, sino porque la autoridad dispone de medios más eficaces para hacerla cumplir.

En cambio, la envidia tiene en la ciudad su brote más agudo. Desde las escuelas hasta los centros o instituciones de más importancia social, la envidia va regando su veneno fatal. Nadie está contento con su situación, y este sentimiento que bien pudiera ser acicate para mejorarse a sí mismo mediante un esfuerzo continuado y honesto, conduce por una desviación funesta del mismo, a la difamación y a la maledicencia. No pudiendo ascender hasta el que está arriba, se trata de hacerlo bajar hasta el propio nivel usando de los medios más infames. Y como por lo regular los individuos de espíritu superior son los menos y los envidiosos los más, resulta la sociedad doblemente perjudicada, porque con esa labor siniestra de la Envidia se anulan sus mejores elementos y se hace descender el nivel de la cultura media.

En la literatura la egolatría hace de la crítica una mutua alabanza desvergonzada. Muchas celebridades criollas no son sino el producto de los intereses creados de la mediocridad. El *do ut des, facio ut facias*, crea flamantes Parnasos donde muchos gansos aparecen como cisnes y ruiseñores. La crítica sana y moralizadora es imposible, porque las trincas literarias reducirán al silencio al osado que se atreviera a discutir la gloria de un consagrado y el audaz crítico se encontrará sin apoyo alguno. Consecuencia de esto: la falta de estímulo para

los que realmente poseen capacidades revelantes. "En caótico montón se confundirán los sanos y los leprosos; la lepra contagiara a los sanos."

En la clase militar, y a veces en los políticos encumbrados, aún cuando nunca hayan estudiado milicia, toma la egolatría la forma que hemos llamado Napoleonismo. Todos se creen llamados a emular a Napoleón. Se conserva para el efecto cultivándose con criminal empeño, el bélico sentimiento del patriotismo nacionalista, y el belicosísimo de la rebelión interna. Muchos pronunciamientos y revoluciones sólo se han debido a este afán personalista de gloria militar. Podría también citarse como un aspecto pacífico de esta egolatría el loco orgullo que suele acometer a ciertos cacicotes de nuestras pseudo-repúblicas; y que los lleva a creerse los nuevos Mesías enviados para dicha y felicidad de sus pueblos hasta el punto de llamarse así mismos, en discursos públicos, "continuadores de la obra de Bolívar," "segundos Libertadores de América," y cosas por el estilo.

Pero todas las derivaciones de la Arrogancia egolátrica de las criollas pueden condensarse y resumirse en el Erostratismo. Lo esencial es rescatarse del Olvido, no morir en la obscuridad, en el anónimo. ¿Cómo? ¿Estudiando? ¿Dedicando toda la vida a la realización de un noble ideal? ¿Aplicando todas nuestras fuerzas a alguna empresa que demande esfuerzo largo e intenso? No, "ahora se vive demasiado a prisa" es preciso aprovechar la juventud e inmortalizarse lo más pronto; los medios poco importan; lo importante consiste en sobrevivirse a cualquier precio: aún cuando para ello haya que quemar algún templo como Eróstrato o precipitar a la patria a alguna guerra desastrosa, como Alcibiades. Es el exacerbamiento sumo de la aspirabilidad, la eterna sed de exhibicionismo que desvía y desgasta las energías del hispano-americano.

Notable contraste forma con este sentimiento anárquico y destructor, la disciplina viril y cristiana que preside la vida del yanqui. No encontramos en éste, la envidia feroz, el afán desmedido de renombre, el ridículo deseo de inmortalidad que tantos males lleva consigo. En el norte americano por el contrario predomina un amplio espíritu de tolerancia y de bondad. Cada uno está contento con su propia suerte y aplica sus energías a vivir su propia vida sin espiar la ajena para envidiar su bienestar. Comprenden que no todos han nacido para ser grandes poetas o célebres hombres de ciencia, o ilustres políti-

cos, y ninguno pretende cubrirse con las vanas apariencias de una falsa gloria. Esta resignación—que no es sino el reconocimiento honrado de la capacidad de cada cual, sincera manifestación de la idea fundamental de justicia—permite a todos gozar de verdadera felicidad y servir del mejor modo los intereses de la colectividad dentro del límite asignado a cada uno por sus personales aptitudes.

Y no se diga que este espíritu de disciplina es una prueba de debilidad en la lucha por la vida, ni que va contra el espíritu artístico e intelectual, democratizándolo, y nivelándolo a la plebe. El poderío de los Estados Unidos, es una razón incontrastable de que no existe tal debilidad. Y además, se comprende claramente que la disciplina conduzca a la fortaleza nacional, ya que el efecto inmediato de aquélla es aprovechar la actividad individual, en tanto que la egolatría obstaculiza su natural desarrollo y la hace dañina o estéril. En cuanto a lo segundo, esto es, que rebaja el espíritu artístico y mental, tampoco tiene fundamento. La tolerancia y la resignación no ponen trabas al verdadero mérito sino que enmarcan a los mediocres en el lugar que les corresponde. Está probado que la vocación del hombre verdaderamente superior se desenvuelve o impone por virtud propia, y no necesita de incitantes exteriores que le ayuden. La disciplina norte americana no obstaculiza la manifestación de las grandes personalidades: más bien, les limpia el camino de las rivalidades y ataques de los simuladores del talento.

La egolatría criolla no debe confundirse con el egoísmo propio de los pueblos bárbaros. Sabemos que los sentimientos individualistas predominan en la vida de todas las agrupaciones primitivas, y que sólo mediante un largo proceso de cultura y civilización es que pueden ser sustituidos por los sentimientos sociales. Pero en el bárbaro el egoísmo es producto de su ignorancia, hija de su juventud e inexperiencia, y por lo mismo, ese sentimiento es rudo, sencillo, inocente. De aquí que las luchas que provoca, aunque sangrientas con frecuencia, siempre tienen un carácter abierto y franco. No pertenece a esta clase de egoísmo el de los criollos. Sus sentimientos anti sociales antes que a ignorancia e inexperiencia, débense a la perversión del carácter que se observa en los pueblos decadentes. El sólo hecho de la venida de los españoles a nuestra América y el vencimiento de los aborígenes tuvo necesariamente que determinar la decadencia. Está probado que "la

conquista y aún la simple inmigración lleva siempre consigo lo que los psicólogos denominan una regresión moral." Y esto se observa aún en Estados Unidos. Los linchamientos constituyen sus manifestaciones más sensibles. En Hispano-América al efecto de la conquista se unió el de la mestización y es indudable que la raza española desmejoró notablemente. Distinguese el egoísmo de los pueblos decadentes por su perfidia y su maldad bizantina y porque la lucha que provoca está llena de mentiras, emboscadas y perversidades.

Se ve claramente la distancia que media entre la egolatría criolla y el egoísmo de los bárbaros, comparando los vestigios que aún quedan de éste en los países europeos, con las manifestaciones de aquélla. Por ejemplo, entre los ingleses, consérvase todavía la costumbre carnavalesca de atar en las espaldas de un paisano un gallo vivo y correr tras él (para el Carnaval) dándole palazos hasta matar al animal; entre los criollos, se acostumbra salir enmascarados y divertirse insultando y hurlándose de cuantos pueden. En ambas costumbres se encuentra crueldad, pero en la primera hay más simplicidad y rudeza que maldad; en tanto que en la segunda hay deseo manifiesto de hacer daño, explosión indigna de malquerencia y sobre todo, la cobardía moral del que se esconde para injuriar.

Pasemos ahora a las que hemos llamado las formas leves de la Arrogancia criolla. Tenemos en primer lugar, la arrogancia literaria, derivación lógica de la grandilocuencia española; sólo que, así como la sangre, también el idioma en América se ha mestizado, amalgamando el arrogante efectismo ancestral con un cierto galicismo de importación. De aquí, el estilo híbrido y decadente que caracteriza la producción literaria hispano-americana.

Menéndez y Pelayo llama a Sarmiento "Gaucha de la República y de las Letras." De Montalvo dice Rodó que "el tema es lo accesorio para el ensayista, y lo principal el *alarde* continuo y centelleante de ingenio, de lectura y de estilo." ¿Y qué versos más arrogantes que éstos de Rubén Darío?

Yo soy el caballero de la humana energía,
yo soy el que presenta su cabeza triunfante
coronada con el laurel del Rey del día.....

También en la heráldica hispano-americana se encuentran rasgos notables de la Arrogancia. El lema del escudo chileno por ejemplo, no puede ser más altivo y jactancioso.

Un aspecto de la Arrogancia literaria es el defecto de muchos escritores que, llevados por su deseo de sobresalir a cualquier precio, abusan de los términos exóticos, citas latinas, metáforas, etc. Con esto se resta la naturalidad y espontaneidad tan necesarias en toda obra de positivo valor, y se desperdician energías en una tarea pueril que atiende puramente a la forma; no a su belleza y armonía, sino únicamente a todo lo que puede ser de efecto por su rareza, por su uso no corriente.

Nuestro palabrerío reconoce igualmente el mismo origen que las exageraciones literarias. La arrogancia conduce al criollo a sustituir su incapacidad para la acción con una verbosidad exaltada y deformante. Tenemos "el arte de no poder decir algo sino por medio de grandes discursos." De aquí la manía por las prédicas; y lo pesadas que resultan las conversaciones en la vida social. Cualquiera se cree con autoridad suficiente para dar consejos, para demostrar lo bueno y lo malo de tal conducta, sin que esto signifique que los actos acrediten la sinceridad de sus palabras. Se resuelven todos los asuntos, morales, o científicos, políticos, de *viva voz*, nada más. En la práctica casi nunca tienen las palabras su confirmación debida.

Los discursos abundan. Se trata de educación: las lecciones no son sino juego de palabras, ensayo de oratoria. En las relaciones sociales, no puede haber fiesta alguna sin que falten los discursos de costumbre, ofrecimientos, contestaciones, apertura, clausura, etc. Y no hay para que citar lo que dice relación con la Política, toda llena de Proclamas, promesas, proyectos, mensajes, oficios, etc.,—desde luego, todo puro formulismo sin ningún valor práctico.—

En Hispano-América, las conversaciones ordinarias no versan sobre temas espirituales y superiores, no poseen ni siquiera la lógica que las haría tolerables al oído. Llenas de violentas digresiones y de defectos de lenguaje, resultan de lo más insubstanciales en su fondo, cuando no el desahogo de disgustos, envidias y rencillas personales.

Contra la verbosidad Hispano-Americana, contra este culto del vocablo "que desvía nuestro criterio haciéndolo superficial y errado, convendría que nos repitiéramos continuamente con Nietzsche, que la verdad que necesite de muchas palabras para ser expresada, no es verdad."

Finalmente, haremos mención de dos derivaciones de la

Arrogancia criolla, la una que se observa principalmente en los pueblos y campiñas, y la otra en las ciudades. La primera es el culto del coraje que se corresponde con el desprecio por la ley, ya citado más arriba. El montuvio, el llanero, el gaucho, estiman el valor personal mucho más que las riquezas y los honores. De aquí esa tendencia a resolverlo todo por medio de la fuerza bruta, y su invencible repugnancia a someterse a cualquier trámite legal.

La segunda es el respeto hacia la potencia sexual. En ella se advierte claramente la influencia del "sé—hombre" de Séneca, pero sin las limitaciones que en el español impuso el sentimiento religioso. Pocas cosas habrán que prestigien con mayor fuerza a los jóvenes entre sus amigos, y sobre todo entre las mujeres—como el ser calavera y divertido, y ostentar una larga lista de conquistas amorosas.

39.—Las tres cualidades fundamentales que encontramos en la psicología de los hispano-americanos, forman un todo compacto y homogéneo que podemos llamar el *carácter criollo*; y es importante observar que las cualidades opuestas, o sean la diligencia, la alegría y la democracia son las características psicológicas del europeo superior, ideal.

Si queremos ahora, investigar cual es la cualidad madre del carácter criollo y cual la del europeo, aplicaremos el método de la concordancia de la lógica inglesa, cuya regla fundamental es: "si dos o más casos del fenómeno en cuestión no tienen más que una circunstancia común, esa circunstancia es su causa y su efecto." Haciéndolo así, interroguemos todos los datos y rasgos de la psicología hispano-americana. Recordemos lo que hemos dicho sobre la literatura, sobre su ciencia, su arte, su política. Interroguemos lo que dicen los viajeros sobre sus costumbres; veamos lo que dice la Historia sobre sus instituciones; sobre su evolución. Pues bien, todos esos datos y rasgos, diversos en épocas, países, circunstancias, presentan un solo hecho común: La Pereza. Procediendo análogamente con los países europeos, encontramos como hecho común, la Diligencia. Podemos por tanto, concluir afirmando que la cualidad madre del carácter hispano-americano es la Pereza, en oposición a la cualidad madre del carácter europeo ideal que es la Diligencia. Y hasta se podría hacer un esquema de esta conclusión, en el cual todas las cualidades que comprende la Pereza como la Inacción, la Veleidad, la Melancolía, etc., representarían el alma criolla, y todas las cualidades comprendi-

das en la Diligencia, como la Actividad, el Carácter, la alegría, etc., etc., simbolizarían el alma europea.

Naturalmente este esquema y la conclusión que lo inspira no pretenden encerrar la realidad de un modo absoluto: significan únicamente lo fundamental de un fenómeno vario y complicado, que por lo mismo, no puede comprenderse completamente en fórmulas simples. Sin embargo, bueno es hacer notar que si en dicho cuadro hay exageraciones, éstas se refieren al carácter europeo, desde el momento que, con el objeto de que en la comparación resalten más las cualidades del criollo, se ha tomado como tipo para estudiar la psicología del europeo, al hombre superior de los países más civilizados y ricos de Europa. Pero en lo tocante al carácter criollo nuestras deducciones se basan en hechos suficientemente comprobados.

Podría objetarse a nuestras conclusiones que no existe tal oposición entre el carácter criollo y el europeo. Y efectivamente no se puede demostrar tal cosa; pero, por lo menos si no hay oposición existe diversidad, y una diversidad tanto más pronunciada, cuanto que en la comparación de ambos caracteres los aspectos malos corresponden a nuestros países y los buenos o menos malos a los europeos. En cambio, y como compensación importante, Hispano-América tiene sobre Europa la enorme ventaja de ser una sociedad joven, en formación, libre por tanto de todas las tradiciones y prejuicios injustos o inconvenientes. El alma del europeo puede representarse por una estatua ya definitivamente delineada y que nada puede hacer cambiar; el alma del criollo—en cambio—puede simbolizarse en un río de metal en fusión, al que aún es posible darle las formas de una sublime Belleza.

40.—Tan íntimamente vinculadas entre sí están las tres cualidades fundamentales de la Psicología Hispano-Americana, que las dos primeras son de todo punto inseparables, y la tercera, si bien se mira, no es sino el orgullo de la Pereza.

Que la pereza y la tristeza van siempre entrelazadas nos lo dicen los antiguos teólogos, la moderna psico-fisiología, la experiencia diaria. Según un teólogo español, es debido a la correlación que existe entre esas dos cualidades, el que se designe en el lenguaje corriente con la palabra *acidia*—que significa tristeza,—el fastidio y la pereza que forzosamente siente el hombre triste. La vinculación de dos hechos reales se refleja así en el idioma, dando a una misma palabra un uso doble.

Esta correlación explica también el por qué los criollos dan a la palabra triste el significado de inútil, como observamos en números anteriores.

La psico-fisiología moderna, por su parte, nos enseña que la acción, el movimiento es la vida, la alegría; y la inacción, la dejadez es la degeneración, la muerte. Y diariamente estamos observando que el indolente es un ser incapaz de sentir el placer de la vida; que aún cuando se lo lleve de pronto a un lugar donde se vea rodeado de gentes alegres, permanecerá como extraño, incapaz de adaptar su espíritu y sus sentimientos al modo de pensar y sentir de los demás. En una palabra, estamos viendo siempre que el hombre activo está alegre, y el perezoso al contrario, lleno de fastidio y tristeza.

No tan palpable como la correlación de la pereza y la tristeza, es la que existe entre aquélla y la arrogancia, dado que a primera vista, parecen ser dos cualidades antagónicas. La arrogancia debía indudablemente implicar poder, actividad, verdadero valor, pero si profundizamos un poco en lo que significa la arrogancia criolla, veremos que lejos de ser opuesta a la Pereza tiene en ésta su raíz y sostén.

¿En qué consiste la Arrogancia criolla? En el alarde de una superioridad mentida; de una superioridad artificial, de una apariencia de superioridad. El patriotismo que invoca continuamente las glorias de los próceres, sin preocuparse del presente, ni del Porvenir de la Patria, ¿no es una Arrogancia mentida? La verbosidad exaltada—el hablar mucho y hacer poco—¿no es una arrogancia puramente artificial? Y todo nuestro formulismo, nuestro culto por la fuerza bruta, ¿no son apariencias de superioridad? No puede pues, confundirse la arrogancia criolla con el amor propio, con la satisfacción de sí mismo, cualidades éstas, sí opuestas a la pereza.

Humano—y no solamente humano sino también propio de los animales,—es que, por un instinto de conservación natural, los débiles tomen a veces las apariencias de los fuertes. Cierta culebra inofensiva y pequeña de la India, hínchase hasta tomar las formas de la cobra, cuando se ve en peligro. En el criollo la debilidad es su pereza, y para disimularla toma las aptitudes del fuerte, del trabajador, del diligente. Su arrogancia no es otra cosa que la simulación de una actividad que no tiene. Es el alarde de una superioridad ajena. En una palabra es el fingimiento de cualidades y virtudes ausentes: el orgullo de la pereza.

41. — De todo lo que llevamos dicho sobre la psicología del criollo, podemos deducir que la causa de todos los males de Hispano-América son originados o agravados por la pereza. Así como en el carácter español todas sus tendencias y manifestaciones, por contradictorias que aparezcan se explican por la Arrogancia, entre nosotros todo nuestro modo de ser tiene su clave explicativa en la Pereza. Esta cualidad es nuestra sombra negra, nuestra fatalidad psíquica.

Donde quiera que llevemos la mirada, allí encontraremos los efectos de su influencia funesta. En el campo del pensamiento, la falta de ideales; en la voluntad, la falta de iniciativas; en el del sentimiento, la falta de elevación moral; en el de la política, la falta en el cumplimiento de los deberes, y así todo lo demás. Insistir en lo perjudicial que resultan estas múltiples derivaciones de la pereza para la vida de nuestras sociedades, sería inútil ya que ello se deduce de su solo enunciado; nos limitaremos pues, para terminar este capítulo, a hablar sobre lo que conceptuamos la más grave de todas: la falta de imaginación.

Tal vez cause asombro el decir que la pereza criolla anula también la facultad de imaginación en estos pueblos, porque estamos acostumbrados a oír que como hombres del trópico y latinos que somos, tenemos mucha y hasta demasiada imaginación, y que esta es una de las diferencias que existen entre nosotros y los anglo-sajones, por ejemplo. Y efectivamente: tenemos mucha imaginación, pero es preciso distinguir que esta imaginación que poseemos es una, y la que nos falta, es otra, pues, hay dos categorías de imaginación: la grande y la pequeña.

La primera, o sea la grande, es la facultad activa, creadora; es la imaginación por medio de la cual se comprenden las grandes obras, y se conciben los grandes ideales. Por lo mismo, ella requiere por parte del sujeto, un considerable esfuerzo de atención nada común; una voluntad firme y perseverante que se sobreponga al cansancio y dolor que dicho esfuerzo puede producir. En cambio, la pequeña imaginación es la "espiritual," frívola y simple, propia de los analfabetos y de los indiferentes. Es una especie de sensibilidad por la que el individuo reacciona sin esfuerzo de ninguna clase, espontánea y hasta mecánicamente. La grande imaginación trae el adelanto de la ciencia, de las artes, de la política; la pequeña, sólo produce apreciaciones superficiales, palabras inútiles.

Pues bien, la consecuencia más grave de la Pereza a que aludíamos, es la falta en los Hispanos-Americanos de la grande imaginación, de la que propia y únicamente debía llamarse imaginación. La que poseen y en grado intenso, es la pequeña, que podría definirse así: "el vacío en el cerebro, el cansancio en el pecho, la rapidez en la lengua."

Lo más lamentable y ridículo es que, desoyendo el sabio precepto socrático, nos creemos los pueblos más ricamente dotados de imaginación, y nos enorgullecemos de no ser como ciertos otros a los que calificamos de fríos, incapaces de elevarse sobre la realidad, sin alma. Y sin embargo, no tenemos ni siquiera la "*imaginación de la riqueza*" que entre los yanquis ha producido y produce tantos beneficios de todo género. Nuestros ricos son por lo general, de lo más dejados y rutinarios; ninguna iniciativa por mejorar la producción, las industrias, el comercio, les preocupa: sólo se cuidan de amasar riquezas y gozar de ellas.

Esa falta de imaginación que, en las clases bajas de la sociedad, no revestiría un carácter grave, es de una consecuencia trascendental para el porvenir de Hispano-América, porque se nota también en las clases directoras, y tal vez, de un modo especial, en éstas. Aquellos que debían ser los espíritus más comprensivos y abiertos; los de imaginación más penetrante para orientar la evolución de la comunidad, son los que menos poseen esa facultad, y en cambio presentan, en grado superlativo, esa "espiritualidad criolla," esa habilidad para hablar de todo sin conocer profundamente nada, esa imaginación tan llena de maledicencias, picardías y necedades. Y en esto consiste precisamente la gravedad de esta derivación de la pereza: en que la falta de imaginación en las clases directoras es el enemigo mortal del Progreso hispano-americano, su más terrible obstáculo.

VI

EL PROBLEMA HISPANO-AMERICANO.

CONCLUSIÓN.

42.—¿Nuestro mal es remediable?

43.—Ideales de Progreso.

44.—Conclusión.

42.—Y llegamos al punto más importante, aquel que resume todo lo expuesto sobre las manifestaciones sociales de Hispano-América, para responder al problema capital de la vida de nuestras sociedades, al problema de su irremediable inferioridad o de su capacidad para el progreso. ¿Somos pueblos condenados a permanecer siempre en un nivel inferior al de las naciones más civilizadas? ¿Los vicios que el estudio sociológico de Hispano-América nos ha revelado, son incurables? ¿Debemos inclinar resignados la cabeza ante la fatalidad de ese destino inferior que muchos asignan a nuestra raza? ¿O existe algo que legitime nuestra fé en el porvenir y nuestra esperanza en un mejoramiento colectivo?

Hemos dicho en el Número 41, que la cualidad madre de nuestro carácter, es la pereza; que ella constituye la causa de todos nuestros males, que de ella parten, como las ramas de un árbol gigantesco, todos los rasgos psicológicos que ensombrecen el alma criolla; por tanto, es preciso penetrar en la naturaleza misma de esa cualidad madre, descubrir su esencia, su causa, para resolver el problema en cuestión.

Todas las explicaciones sobre el origen y la naturaleza de la pereza colectiva, pueden resumirse en dos: la económica y la fisis-psicológica. La primera afirma que la pereza no es sino una consecuencia de la abundancia de alimentos en los países cálidos. La segunda asegura que el calor es lo que causa en el organismo la depresión de la pereza. Y se puede observar que las causas que separadamente asignan estas teorías a la pereza coinciden para un mismo pueblo, por una especie de "armonía preexistente" en la naturaleza. En los trópicos, la riqueza de la vegetación y de la vida en general, coinciden con el calor propio de la zona; en tanto, en los lugares fríos, el suelo relativamente pobre coincide con un ambiente destemplado.

Sin querer basar nuestras afirmaciones en este como determinismo de armonía que presenta la naturaleza, únicamente,

porque no podemos menos de reconocer que en ocasiones, cosas aparentemente unidos en la realidad exterior, tienen una causalidad diversa, creemos que en el presente caso la misma naturaleza ha querido simbolizar en esa coincidencia, la causa profunda del fenómeno social en estudio; y que por tanto, en la pereza colectiva actúan de consuno para producirla, tanto el factor económico como el psico-fisiológico.

Nuestra manera de explicarnos la indolencia es pues, ecléctica y podría llamarse también interpretación biológica, ya que parte del estudio positivo de las manifestaciones de la vida en su aspecto social, para llegar a la explicación final de la pereza.

Podemos sintetizar en las siguientes proposiciones los principios de la teoría ecléctica: "La cuestión positiva del problema de la vida la constituyen las leyes de la vida. Leyes, o por lo menos, aspectos de la vida, son los fenómenos expuestos en el estudio de los pueblos hispano-americanos. Todas las manifestaciones de la vida de los pueblos son productos de su psico-fisiología. Su psico-fisiología lo es de la herencia. La herencia lo es del medio natural. El medio natural obra en dos formas: ya directamente sobre el organismo, estimulando por sí sus actividades, ya indirectamente estimulándolas para la alimentación. Cuando lo estimula por sí lo hace en un orden puramente fisio-psicológico, y cuando lo estimula para la alimentación en un orden doble, fisio-psicológico y económico, al mismo tiempo."

Resumiendo, según la teoría ecléctica, la pereza colectiva es, en parte, hábito remediable, y, en parte, irremediable depresión. Por tanto, en aquella parte que depende de nuestra voluntad, dicho vicio es y puede ser curable.

43.—Sin embargo, a pesar de que esta teoría abre por decirlo así, un miraje consolador ante un posible mejoramiento de Hispano-América, deja en pie, terrible e implacable, una predicción implícita sobre la inferioridad a la que están condenados nuestros países. En efecto, si sólo en parte, es posible remediar nuestros males, y esto por medio de una acción entusiasta, inteligente y perseverante; por medio del trabajo ordenado, sostenido por la modestia y la alegría, que es la fórmula de terapéutica social que nos propone Bunge; quiere decir, que pese a todos nuestros esfuerzos jamás hemos de conseguir llegar al estado de aquellos países favorecidos por las condiciones económicas y fisiolo-psicológicas. Ciertamente que el mismo autor en diversas partes de su obra expresa su inmensa fé en un destino glorioso para toda nuestra América, pero debemos confesar que

estas afirmaciones constituyen una contradicción manifiesta con su teoría sociológica. Además, él mismo lo dá a entender así, cuando al hablar sobre la posibilidad de mejoramiento de estos pueblos, dice: "Admitámoslo, si no por "ese realismo ingenuo" de todos los mediocres y pequeños, "siquiera por la dignidad humana de todos los grandes." No creemos nosotros que sea sólo "en la dignidad humana" que puede basarse nuestra confianza y nuestra fé en el futuro. Estimamos que los fenómenos advertidos que el estudio sociológico de Hispano-América ha encontrado en nuestros países se deben únicamente al estado de fortaleza por el que atraviesan nuestras jóvenes sociedades. Tanto la doctrina económica como la psico-fisiología y la eclética que hemos citado, parten del prejuicio sobre el porvenir de los países tropicales. Bunge llega a decir: en el estado actual de la sociedad, el frío, mientras no anade como en Laponia, es la civilización. Cabe oponer a estas conclusiones tan erradas, que se olvida que ese mismo desarrollo que ha seguido la humanidad al pasar de las tierras calientes a los lugares de clima templado y frío, es una prueba de que el progreso de la sociedad ha sido impulsado por la voluntad del hombre dirigida siempre a dominar los elementos y a sobreponerse a las dificultades. ¿Por qué el hombre que ha conquistado los países templados, que domina los mares y trata de dominar el espacio y descubrir las tierras polares, habría de ser impotente para acondicionar las regiones tropicales, a la vida superior de la sociedad?

Pero como hemos dicho que nuestros ideales de Progreso y nuestra fé en el porvenir de Hispano-América no tienen ni el falso sostén del "realismo ingenuo" de los pequeños ni sólo el débil fundamento de la "dignidad humana" de los grandes optimistas, forzoso será que indiquemos las razones en que apoyamos nuestros ideales: Una discusión completa del asunto sería imposible ahora, que sólo intentamos definir nuestra opinión o mejor dicho, nuestra manera de pensar actual, sobre el problema citado, de acuerdo con nuestra pequeña ilustración sobre el mismo. Así, nos limitaremos a exponer las principales ideas que han determinado en nosotros, dicha opinión.

En primer lugar, la poca solidez de las teorías citadas para explicar la naturaleza de la pereza criolla, y que se deduce del siguiente razonamiento. Si la indolencia depende de la abundancia de alimentos, quiere decir que en una región determinada aquellos pueblos que poseen un suelo menos rico tienen que ser más activos que aquellos que poseen un suelo más feraz. Aho-

ra bien, en nuestra patria, por ejemplo, la región interandina se diferencia de la costa, —entre otros fenómenos— por la relativa pobreza de su suelo. Sin embargo, todos los autores han notado mayor indolencia entre los habitantes de la primera que entre los que pueblan la segunda. ¿Por qué pues la relativa pobreza del suelo de la cordillera no produce en la psicología de sus habitantes las cualidades propias de los hombres activos y emprendedores? Ya sé que podría contestarse, diciendo que se ha notado el referido efecto sólo respecto de las sociedades asentadas en territorio llano, cuyo subsuelo por lo general, es rico. Sin embargo, es preciso comprender que el argumento sobre el que se basa la teoría económica es una aplicación particular de un principio superior, según el cual, las dificultades encontradas por el hombre en su afán creciente por procurarse mayor bienestar material e intelectual, son las que han determinado el avance de la civilización. Aplicación que sólo mira en la alimentación la única dificultad, y que precisamente por querer interpretar los fenómenos sociales sólo con este criterio unilateral, se vé desmentida en la realidad, como en el caso de las regiones de nuestra patria. Igual objeción puede hacerse, ya a la teoría psico-fisiológica separadamente, ya a la teoría ecléctica, pues en el ejemplo citado coinciden en la costa las condiciones adversas psico-fisiológicas y económicas y en cambio, son más favorables en la sierra, sin embargo de lo cual es reconocida por todos, la mayor actividad de los pueblos costeros.

Es imposible por lo pronto, aceptar teorías que así se ven desmentidas en la práctica.

En segundo lugar, una razón que nos parece incontestable para afirmar la posibilidad de adelanto en Hispano América, sin restricción alguna, es el elocuente e inmenso progreso alcanzado por algunos de los países situados en la zona tórrida. El Brasil y Méjico, por ejemplo, con su gran desarrollo material y espiritual de los últimos años, constituyen el mentís más rotundo dado a los que dudan del porvenir de la América-Latina. Guglielmo Ferrero se expresa así, respecto del primero de los países enunciados: "A pesar de ser el Brasil un país algo más antiguo que la Argentina y de haber pasado en los últimos veinte años crisis políticas y económicas de cierta gravedad, se ha desarrollado con *mayor rapidez* que cualquier otro país de Europa". "Hallamos en Río una sociedad compuesta casi exclusivamente de intelectuales, literatos, periodistas, historiadores, filósofos, juristas. . . ." "Nunca, en ningún momento de mi vida, me he

sentido tan distante, por encima de las ordinarias preocupaciones de que en el mundo moderno, está tejida nuestra existencia de cada día. . . ."

Y respecto de Méjico, las siguientes cifras dan una idea de su prosperidad material. En 1912, la importación asciende a 90.016.000 pesos oro y la exportación a 148.964.000. Y en 1925, encontramos las siguientes cifras: Importación: 390.996.000. Exportación 682.484.000 (Todo en pesos oro.) Lo cual quiere decir que en trece años, y a pesar de la crisis mundial económica que produjo la Guerra Europea, la importación se había cuatruplicado y casi quintuplicado la Exportación. Esto en lo que atañe al adelanto material, que en lo que se refiere al desarrollo cultural, basta recordar el desarrollo dado en los últimos años a la Instrucción Pública, y el florecimiento intelectual que llevan a cabo sus más ilustres pensadores.

En tercer lugar, el estudio de la evolución que ha seguido la cultura a través del tiempo y pasando de unas zonas a otras en la superficie de la tierra, parece indicar que nos encontramos en una época en que la civilización tiende a superar el estado actual entrando a un período superior; y que, precisamente, los pueblos de nuestra América son los llamados a realizar dicho movimiento evolutivo. Pasemos pues, una rápida ojeada a la evolución de la Cultura, —siguiendo a Vasconcelos,— a fin de precisar los fundamentos de nuestra esperanza.

Remontándonos a los tiempos prehistóricos, encontramos tanto en América como en el viejo mundo, que los principales asientos de la civilización quedan en la zona tórrida. Bajo el sol tropical del Asia florecieron las sociedades persas e hindú, y bajo el sol tropical de América los poderosos imperios azteca e incáico. En tanto, por los desiertos llanos de Europa, y por las regiones templadas y frías del norte y sur americanas sólo erraban tribus de organización rudimentaria, de las cuales no se han encontrado monumentos arquitectónicos. Según las investigaciones de la Prehistoria y la Arqueología, el dominio de esta primera civilización tropical duró como cinco mil años.

En la Edad Antigua realizóse el desplazamiento de la cultura hacia la zona templada. Grecia y Roma son las herederas de las civilizaciones asiáticas y egipcia. Y las naciones surgidas de las invasiones de los bárbaros, a través del agitado proceso histórico de la Edad Media, no hicieron sino completar y preparar para el posterior desarrollo de los tiempos modernos, la cultura greco-romana.

Un nuevo avance de la civilización coincide con la conquista de América. La invención de la imprenta, el Renacimiento, la Reforma, el descubrimiento de un nuevo Continente, son hechos que se corresponden con la aparición de otro período en la evolución de la humanidad. Londres, París, Madrid y más tarde, Berlín, suceden a Roma y Bizancio en la dirección del Mundo. El Mediterráneo ha cesado de ser el mar mundial que ahora lo constituyen el Báltico y el Atlántico.

En América el movimiento de la cultura tenía forzosamente que reproducir el ritmo seguido en Europa. Y así fué, en efecto: mientras en el resto del planeta consumábase el predominio de los países de clima templado y frío con el desarrollo de Alemania y de los Estados Unidos, en la América Latina el poderío de Mejico y el Perú eran sustituidos por el creciente desarrollo de la Argentina y Chile.

Y llegamos a los tiempos más contemporáneos. En el primer cuarto del siglo XX que llevamos vivido, se han realizado hechos tan trascendentales, que todo hace pensar que nos hallamos en una época de transición cuyo final ha de ser una nueva etapa de progreso. El más importante entre ellos, la Guerra Europea, aún cuando ha elevado a su más alto grado, el poderío anglo sajón, ha puesto al mismo tiempo, en evidencia, los defectos de una cultura que ha podido reproducir, como en un delirio de destrucción, los horrores de las épocas más bárbaras de la Historia. Aceptamos que el efecto inmediato, material de ella, ha sido acrecentar el dominio de la nueva y de la vieja Inglaterra, que hoy se presentan sosteniendo todavía los mismos ideales de fuerza y los mismos procedimientos imperialistas que produjeron la gran catástrofe; pero el efecto más importante, aquel que no se aprecia tan fácilmente, porque ha surgido, palpita y se difunde recién en el pensamiento humano, es el anhelo que se extiende por todo el mundo de una justicia más humana que garantice una paz duradera, y el afán cada vez más creciente de conquistar estos bienes creando una manera superior de organización social y de cultura.

Junto a este movimiento profundo que se agita en la conciencia universal, se produce el despertar de Hispano-América y el éxodo de todos los pueblos de la tierra—interrumpido transitoriamente por la Guerra Europea—hacia nuestros países tropicales. Muy pronto la fé en el porvenir y la confianza en su virtud de progreso, será la cualidad más saliente de la psicología criolla. El Mundo, como los pueblos que en los momen-

tos de peligro recurren a sus hombres nuevos, libres de antiguos prejuicios y llenos de juveniles arresos, vuelve en la época actual los ojos hacia nuestra raza que se levanta sobre el nuevo continente, impaciente por cumplir su misión histórica y realizar su elevado destino. No otra cosa significa el desbordamiento de todos los pueblos del orbe sobre nuestro suelo generoso, y las predicciones de los más autorizados pensadores, que ven en la raza hispano-americana, la raza del Porvenir. Y el alma de Hispano-América, aletargada durante el siglo XIX, reacciona en toda la extensión de nuestra Patria grande, se da cuenta de su valor y de lo que la humanidad espera de ella. "América para la Humanidad", he aquí el lema que enarbolan el ideal y la acción hispano-americana, he aquí la fórmula de nuestro progreso y nuestra gloria. El alma actual de Hispano-América, se nos presenta contemplando por un lado, el movimiento reformista que agita a todos los pueblos, frente a una civilización imperfecta; sintiendo el llamamiento silencioso que significa el arribo de tantos hombres de todas las razas a nuestras tierras, en busca de libertad y de bienestar; por otro lado, la conciencia cada vez más robusta de su juventud y de su capacidad de progreso; el sentir en la sangre y en la idea, el vuelo de las alas inmortales que agita la herencia latina. Y la concreción de ese estado psicológico, no puede ser otro que la fé inmensa en un futuro de gloria, que desde el Anahuac hasta las pampas argentinas, abraza el espíritu de nuestros pueblos y acrecienta su actividad.

Todo hace pensar pues, que "la civilización inicia su regreso al Trópico," y que el continente y los pueblos más jóvenes, son el escenario y la raza llamada a dar cima a la obra suprema de renovación cultural y social que persigue el Mundo Moderno.

Para el cumplimiento de esta misión, no bastan los ideales de grandeza puramente material. Recordemos con Rodó que: "Gran civilización, gran pueblo—en la acepción que tiene valor para la Historia—son aquéllos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero—según dijo Carlyle del alma de sus héroes:— como una nueva y divina porción de la suma de las cosas" "No son bastantes, ciudades populosas, opulentas, magníficas, para probar la constancia y la intensidad de una civilización" "la grandeza cuantitativa de la pobla-

ción como la grandeza material de sus instrumentos, de sus armas, de sus habitaciones, son sólo *medios* del genio civilizador, y en ningún caso resultados en los que él pueda detenerse". . . . "Grande es la ciudad cuando los arrabales de su espíritu alcanzan más allá de las cumbres y los mares, y cuando pronunciando su nombre ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana, todo un horizonte del tiempo. La ciudad es fuerte y hermosa cuando sus días son algo más que la invariable repetición de un mismo eco, reflejándose indefinidamente de uno en otro círculo de una eterna espiral: cuando hay algo en ella que flota por encima de la muchedumbre, cuando entre las luces que se encienden durante sus noches está la lámpara que acompaña la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento, y en la que se incuba la idea que ha de surgir al sol del otro día, convertida en el grito que congrega y la fuerza que conduce las almas."

Rechacemos por consiguiente, toda influencia que quiera educar nuestra actividad en el culto de una grandeza sólo material, "debemos cultivar un pensamiento, si no precisamente desdeñoso de la materia, si seguro de someterla a sus fines." La escuela del trabajo ciertamente es la base del desarrollo de los pueblos, pero siempre que predominen sobre ella, inspirándola y dirigiéndola, los *intereses del alma* de que habla Rodó. El trabajo material, el engrandecimiento físico han de ser sólo en la medida necesaria para permitir el libre vuelo del espíritu. "Trabajemos," sí, como aconseja Bunge, — "ante todo, por todo, sobre todo, trabajemos," pero con el fin de crearnos una cultura que sea la síntesis y la superación de todas las experiencias sociales de la humanidad; una cultura que marque una nueva etapa en la historia de la Civilización universal; una cultura en la que triunfen los ideales de perfección, sobre los ideales de poderío que en la cultura de los pueblos dominantes de ahora, ha adquirido un imperio que no puede menos de ser transitorio. Sólo mediante el trabajo dirigido a conseguir un superior estado de vida espiritual, es como los pueblos hispano-americanos podrán redimirse del relativo atraso en que se hayan actualmente; sólo mediante una labor de educación amplia, intensa y perseverante podrán realizar su misión de crear una nueva forma cultural que llene los anhelos y las necesidades de la época presente; sólo abrazando con toda la abnegación y el entusiasmo que requieren los grandes hechos, los eternos ideales de perfección humana y cultivándolos constante y arduamente, es

como logrará encarnarse en la realidad la Esperanza de Hispano-América: esa esperanza que hermosa y profundamente condensa el Maestro uruguayo en las siguientes frases dirigidas a la juventud hispano-americana: "Afirmado primero en el baluarte de nuestra vida interior, Ariel se lanzará desde allí a la conquista de las almas. Yo lo veo en el porvenir, sonriendo con gratitud, desde lo alto, al sumergirse en la sombra vuestro espíritu. Yo creo en vuestra voluntad, en vuestro esfuerzo, y más aún en los de aquéllos a quienes dareis la vida y transmitiréis vuestra obra. Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la cordillera que se yergue sobre el suelo de América, ha sido tallada para ser el pedestal definitivo de su estatua, para ser el ara inmutable de su veneración."

CONCLUSIÓN.

44.—De todo lo expuesto pueden deducirse, como conclusión, las siguientes proposiciones, que someto al ilustrado criterio de los señores Miembros del Jurado:

1ª)—Hispano-América atraviesa actualmente un período de formación e integración social;

2ª)—Este estado o período, impone a la parte consciente y directora de su población, la necesidad y el deber de definir las bases de su cultura y la definitiva dirección de su actividad toda;

3ª)—No puede realizarse esta labor sin el estudio—lo más profundo y completo—de todos los factores que han actuado y actúan en la vida de nuestras sociedades; y como este estudio constituye el objeto especial de la Sociología Hispano-Americana, el conocimiento de esta ciencia adquiere una importancia fundamental, para el porvenir de todos los pueblos de habla española;

4ª)—La Universidad, como que es el más elevado exponente de la espiritualidad colectiva y uno de los organismos más eficaces de educación nacional, está llamada a aplicar los medios adecuados, a fin de atender a dicha necesidad y cumplir con dicho deber; y,

5ª)—Uno de los medios que más adecuado nos parece, para ello, sería el de incluir el estudio de la Sociología Hispano-Americana, entre las materias de curso obligatorio para los estudiantes de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.